



Tremulo y palpitante, escucho aquellos acordes que formaban un sencillo preludio.

EL BASTARDO

DE

M A U L E O N .

NOVELA

escrita en frances

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

POR D. S. C.

TOMO III.



MALAGA.

IMPRENTA DE MARTINEZ DE AGUILAR,

Calle del Marques,

n.º 10 y 12.

h. 21.416

*Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.*

EL BASTARDO

de Mauleon.

CAPITULO I.

En que se cuenta como el Bastardo de Mauleon entregó al Rey Carlos V. el anillo de su cuñada la Reyna doña Blanca de Castilla.

En el jardin de un pelacio que se iba elevando en la calle de San Pablo, pero que estabatodavía sin concluir en muchas partes, se paseaba un hombre de veinte y cinco á veinte y seis años, vestido de una larga túni-

ca de color oscuro con vuelta de terciopelo negro y ajustada á la cintura con un cíngulo, cuyas borlas caian hasta sus pies. Contra la costumbre de aquella época, no tenia ni espada ni puñal, ni ninguna otra marca ó distincion de nobleza; la única joya que llevaba, era una especie de coronita de flores de lis de oro, formando círculo al rededor de una de aquellas gorras de terciopelo negro, que precedieron á la moda de los capirotos. Tenia este hombre todos los caracteres de la raza pura de los francos; sus cabellos éran rubios cortados en cuadro, señal de esclarecido linaje: sus ojos azules y su barba color de castaño. Su semblante aunque revelaba la edad arriba mencionada, no mostraba las huellas de ninguna pasion, y su carácter sério y reflexivo indicaba al hombre de altos pensamientos y de largas meditaciones. Parábase de tiempo en tiempo cavizbajo dejando

caer una mano que lamian dos grandes lebreles que iban á su lado á su mismo paso, deteniéndose cuando él se detenía y andando cuando él echaba á andar.

A cierta distancia de este hombre, apoyado contra un árbol y teniendo en el puño un halcon acopetado, estaba un paje de pie con semblante indolente y acariciando al ave de rapaña, que por sus cascabeles de oro mostraba ser un favorito.

A lo léjos, y en los mas ocultos parages del jardin resonaban los alegres gorgoros de los pájaros que tomaban posesion de las flores y alamedas del dominio real, porque aquel hombre de semblante meditabundo, era el Regente Cárlos V, que gobernaba el reyno de Francia, mientras que su padre el Rey Juan esclavo de su palabra, permanecia prisionero en Inglaterra, y el mismo que hacia construir aquel nuevo palacio para que reemplazase al del

Louvre y al de la Cité, en el cual el estudioso monarca, el único de los Reyes de Francia que la posteridad ha debido llamar el sábio, no encontraba bastante soledad y sosiego.

Por las espaciosas calles del jardin se veia pasar y repasar la numeroso servidumbre de aquel suntuoso palacio, y se oian los gritos impacientes del halcon, lostrinos lejanos de las aves, y el rumor confuso de las palabras que mútuamente se dirigian al ir y venir los criados de la casa, sobresaliendo de vez en cuando rodando como un trueno por las nubes, el rugido de los enormes leones que el Rey Juan habia hecho traer de Africa, y que estaban encerrados en profundas fosas.

El Rey Cárlos V se paseaba por una calle del jardin hasta cierto punto, desde el cual se volvia atrás á fin de no perder de vista la puerta del alcázar que por seis gradas interiores conducía á la azotea en que

venia á parar esta calle.

Parábase de vez en cuando fijando sus miradas en la puerta, por la cual parecia esperar á alguien: y aunque esta persona era esperada con ánsia, en el semblante del monarca no se notaba la menor impaciencia y despues de cada nueva detencion, volvía á emprender su paseo con el mismo continente y melancólica serenidad.

Apareció por fin en la última grada un hombre vestido de negro que traía en la mano una escribanía de ébano y unos pergaminos. De una ojeada abarcó el jardín entero al cual iba á descender, y descubriendo al Rey, se encaminó derechamente hácia él

— ¡Hola! ¿sois vos, doctor? le dijo Carlos adelantándose algunos pasos á recibirlo: os estaba aguardando, ¿venís del Louvre?

— Sí señor.

— Y bien: ¿ha vuelto algun cor-

reo de mis embajadas ?

—Nadie: únicamente dos caballeros que parecen haber hecho un largo viaje , acaban de llegar y piden con ahinco el honor de ser presentados á S. A. , á la que segun dicen , tienen que comunicar asuntos de la mas alta importancia.

—Y qué habeis hecho ?

—Los he traído aquí , y aguardan en una de las salas del palacio que el Rey les permita llamarlos á su presencia.

—¿ No hay noticias de Su Santidad el papa Urbano V?...

—No señor.

—¿ Tampoco hay nuevas de Duguesclin , á quien he mandado cerca de su santidad ?

—Aun no , pero no podemos tardar en tenerlas ; porque hace diez dias escribió á V. A. que al siguiente salia de Aviñon.

El Rey quedó un instante pensativo y casi mal humorado , y lue-

go como si adoptase una resoluciori, dijo:

—Vamos doctor , veamos los despachos.

El Rey temblando , como si cada nueva carta debiera traerle nuevas desgracias, se sentó bajo una enramada , donde por entre la madre-selva , traspasaban los calientes rayos del sol de agosto.

La persona que el Rey habia designado con el nombre de doctor, abrió una gran cartera que traia debajo del brazo , y sacó de ella muchos abultados pliegos, de los cuales cogió uno á la casualidad y le abrió.

—Qué hay ? preguntó el Rey.

—Un despacho de Normandía, respondió el doctor ; los ingleses han abrasado una ciudad y dos aldeas.

—¡ A pesar de la paz ! murmuró el Rey ; ¡ á pesar del tratado de Bre-tiny , que tan caro nos cuesta !

—¿ Qué hareis señor ?

—Enviarles dinero ; contestó el Rey.

—Mensaje de la Soreze.

—Adelante , dijo el Rey.

—Las grandes compañías han hecho una irrupcion á orillas del Saona: han saquedo tres ciudades: las cosechas de los campos están taladas: las viñas arrasadas , los ganados robados. Han vendido además cien mugeres.

El Rey ocultó su semblante con las manos.

—Pero Santiago de Borbon no anda por ese lado ? me habia prometido limpiar el pais de salteadores !

—Escuchad, dijo el doctor, abriendo otro tercer pliego: aquí hay una carta que habla de él ; en efecto , se ha encontrado con las partidas de aventureros en Briguais y les ha dado batalla , pero....

El doctor se detuvo titubeando.

—Pero qué ? repuso el Rey , qui-

tándole la carta de las manos ; veamos , que dice ?

—Leed vos mismo , señor.

—Derrotado y muerto ! murmuró el Rey ; un príncipe de la casa real de Francia , muerto y degollado por esos bandidos , y el santo padre no me dice una palabra ! Sin embargo la distancia de Avignon aquí , no es tan grande.

—Qué órdenes me dais , señor ? preguntó el doctor.

—Ninguna , ¿ qué órdenes queréis que os dé no estando aquí Duguesclin ? Pero en medio de todo esto , ¿ no ha venido mensage alguno de mi hermano el Rey de Hungría ?

—No , señor , respondió el doctor con timidez , abrumado bajo el peso de las calamidades que caían sobre el pobre monarca.

—Y la Bretaña ?

—Siempre en guerra abierta. El conde de Monforte ha conseguido al-

ganas ventajas.

Cárlos V dirigió al cielo una mirada mas contemplativa que desesperada.

—Gran Dios! exclamó, abandonarás al Reyno de Francia? Mi padre era un buen Rey, pero demasiado belicoso, yo tengo inclinaciones mas piadosas, Dios mio. He evitado siempre derramar la sangre de tus criaturas, mirando aquellas que has puesto bajo mi amparo como hombres de quienes debia darte estrecha cuenta, y no como esclavos cuya sangre pudiera derramar á mi antojo, y sin embargo á nadie ha complacido mi bondad, ni aun á tí, ; Dios mio! Quiero poner un dique á esta barbárie, que hace retroceder al mundo hácia el caos: mi intencion es buena, estoy seguro de ello, pero nadie viene en mi ayuda, nadie me comprende!

El Rey dejó caer su frente meditabunda sobre su mano.

En este momento se oyó un gran ruido de trompetas y de aclamaciones que resonando por las calles, llegó á herir los oídos distraídos del monarca: cesó el page de acariciar al halcon, y miró al doctor como interrogándole.

—Id á ver lo que es, le dijo este. Señor, añadió volviéndose al Rey: ¿oís esa música marcial?

—Sí, dijo el monarca; ¡yo hablo al cielo de paz y de filosofía, y me responde con guerras y violencias!

—Señor, dijo el page volviendo apresurado; es mosen Beltran Duguesclin, que acaba de llegar de Aviñon y entra en la ciudad.

—Que sea bien venido, dijo el Rey hablando consigo mismo, aunque llega con mas ruido del que yo deseara.

Y se levantó vivamente dirigiéndose á su encuentro; pero antes de que hubiese llegado á lo último de

la alameda , un gran peloton de gente apareció bajo el arco de la puerta y descendió al jardin ; era el pueblo , los guardias y caballeros que rodeaban alborozados á un hombre de mediana estatura , cabeza grande , ancho de hombros y piernas arqueadas , por la costumbre de andar á caballo.

Este hombre era Mosen Beltran Dugesclin , que con su rostro vulgar , pero afable , y su mirada perspicaz , se sonreia y daba gracias al pueblo , á las guardias y á los caballeros que le colmaban de bendiciones.

En aquel punto apareció el Rey al extremo de la alameda: todos se inclinaron , y Beltran Dugesclin bajó precipitadamente las escaleras para rendir homenaje á su monarca.

— Se inclinan delante de mí , pensó Cárlos , pero acarician á Dugesclin ; á mí me respetan , mas á él le aman , porque es la imágen de esa

falsa gloria tan poderosa á todos los espíritus vulgares, y yo les represento la paz, lo que para sus mezquinas comprensiones, equivale á la deshonra y la sumision. Mas nada tiene esto de estraño; esos hombres son de su siglo; al contrario, mis ideas pertenecen á otro mas ilustrada, y primero moririan todos antes que consentir un cambio que repugna á sus gustos é inclinaciones. No obstante, con la ayuda de Dios persistiré en mi idea.

En seguida fijó en el caballero una mirada serena y benévola, y alargándole la mano, le dijo con amabilidad y en voz alta.

—Sed bienvenido.

Duguesclin besó la augusta mano, y dijo:

—Heme ya aquí, buen Rey. He andado diligente, como V. A. conocerá, y os traigo noticias....

—Buenas ? preguntó el Rey ?

—Si señor, escelentes. He reuni-

do 5,000 lanzas.

El pueblo prorrumpió en gritos de entusiasmo al saber que le llegaba aquel refuerzo mandado por un general tan valiente.

—Vamos, no es eso muy malo, respondió Cárlos, no queriendo contrariar la alegría que las palabras de Dugesclin acababan de escitar en la alborozada muchedumbre.

En seguida, añadió en voz baja.

—Ah! lejos de levantar 5000 lanzas, se debían suprimir 6000. Nunca nos faltarán soldados cuando sepamos darles direccion.

Y tomando el brazo del buen caballero, aturdido de tanto honor, subió las gradas, atravesó por medio de la multitud, compuesta de gente del pueblo, de cortesanos, de guardias, de caballeros y de mugeres, que viendo la buena armonía que reynaba entre el Rey y el general en quien todos tenían puesta sus esperanzas, gritaban viva! á mas

y mejor.

Cárlos V saludó á todos con la mano y con una afable sonrisa, y condujo al caballero breton á una grande galería que daba á sus aposentos y que mas tarde se destinó para salon de audiencia. Hasta allí los siguieron los gritos de la multitud, y aun se oían despues que el Rey hubo cerrado la puerta.

—Señor, dijo Beltran, gozoso en extremo, con la ayuda del cielo y el amor del pueblo recobrareis toda vuestra herencia, y estoy seguro que con dos años de guerra biendirigida.....

—Pero para hacer la guerra, Beltran, se necesita dinero, y no tenemos ninguno.

—Bah! señor, contestó Beltran, con una módica contribucion....

—No puede ser, amigo mio: el inglés lo ha talado todo, y nuestras buenas aliadas las grandes compañías, han acabado de destrozar

lo poco que el inglés había perdonado.

—Señor, echad una derrama de un franco por cabeza á cada clérigo, tomad luego de sus bienes la décima parte del diezmo; harto tiempo ha que ellos lo cobran.

—Ese es el motivo precisamente de haberos enviado cerca del padre Santo, el papa Urbano V, dijo el Rey: ¿nos ha concedido por ventura la autorizacion para cobrar este diezmo?

—Todo lo contrario, respondió Beltran, se me ha quejado largamente de la miseria del clero, y ha pedido dinero.

—Ya lo veis, amigo mio, dijo el Rey sonriendo tristemente: nada podemos hacer por ese lado.

—Sí señor, pero en cambio, el Santo Padre trata de haceros un gran favor.

—Todo favor que cuesta caro, Beltran, dijo Carlos V, no es favor

para un Rey , cuyas arcas están vacías.

—Señor , es que lo hace de balde.

—Vamos, dílo de una vez, Beltran, ¿ qué favor es ese?

—Señor , el mayor azote que aflige á la Francia en este momento, son las grandes compañías , ¿ no es verdad ?

—Seguramente ; y el papa ha encontrado algun medio para licenciarlas?

—No señor , porque eso está fuera de su poder pero las ha descomulgado.

—¡ Ah ! Este es un golpe que acaba de arruinarnos , exclamó el monarca desesperado, mientras que Beltran que acababa de anunciar esta nueva con aire triunfante , no sabia á qué atenerse. De ladrones se van á convertir en asesinos ; de lobos en tigres: entre ellos habrá alguno temeroso de Dios que contenga á los demás ; mas en adelante como á nadie tendrán que temer , á nadie guar-

darán consideraciones. Estamos perdidos , ¡ pobre Beltran !

Conocia el digno caballero la profunda sabiduria y penetracion del monarca , y tenia la cualidad preciosa para un hombre de medianos alcances de prestarse dócilmente á un entendimiento superior al suyo: púsose, pues, á reflexionar , y su razon natural le probó que el Rey decia bien.

— Esa es la verdad , dijo , se van á reir muy lindamente cuando sepan que el Santo Padre los trata como cristianos y á nosotros nos van á tratar como á mahometanos y judíos.

— Ya ves , amigo Beltran , qué triste es nuestra posicion.

— En efecto , dijo el caballero: yo no habia caido en eso y creia traer una buena noticia. ¿ Quereis que vuelva á ver al Papa y le diga que no se dé prisa en eso de la cscomunion ?

— ¡Gracias, Beltran! le dijo el Rey.

— Perdonadme, señor, continuó Beltran: soy muy mal embajador, lo confieso; no entiendo mas que de montar á caballo y dar una carga cuando me decís: sube á caballo, Duguesclin, y carga. Mas para todas esas cuestiones que se resuelven con la pluma en vez de resolverse con la punta de la espada, confieso señor que soy un zote.

— Sin embargo, dijo el Rey, si tú quisieras ayudarme, mi amado Beltran, nada habríamos perdido.

— ¡Cómo! ¡qué decís! ¿si yo quisiera ayudaros, señor? exclamó Duguesclin; y tanto que lo quiero! mi brazo, mi espada, mi cuerpo, todo está á vuestra disposicion.

— Es que acaso no me puedas comprender, dijo el Rey suspirando.

— ¡Oh! en cuanto á eso, es muy posible que suceda, respondió el caballero, soy un poco duro de cas-

cos; lo cual no deja de ser ventajoso para mí, porque he recibido tantos golpes, que si no tuviera este temple ya estaria mi cabeza reducida á polvo.

—He hecho mal en decirte que no me podrias entender; debí haber dicho que no querrias entenderme.

—¿Qué no querré? repuso Beltran con asombro, ¿cómo no he de querer una cosa que mi Rey desea?

—Porque por lo general, querido Beltran, solo queremos aquello que está en nuestra naturaleza, en nuestros hábitos, en nuestras inclinaciones, y lo que te voy á pedir, á primera vista te parecerá singular y aun extraño.

—Decidlo no obstante, señor, contestó Duguesclin.

—Beltran, repuso el Rey, tú conoces la historia de Francia, ¿no es verdad?

—No mucho, señor; la de Bretaña

un poco , porque es la de mi pais.

—¿Pero, cuando menos, habrás oido hablar de esas grandes derrotas que han puesto al reyno de Francia en el borde de su ruina?

—En cuanto á eso , si señor. Sin duda V. M. quiere hablar de la batalla de Courtrai , en la que murió el conde de Artois ; de la de Crecí , en la que á duras penas se salvó el Rey Felipe de Valois ; y en fin, de la de Poitiers , en la que cayó prisionero el Rey Juan.

—Y bien ! Beltran , preguntó el Rey , has reflexionado en la causa de la pérdida de esas batallas ?

—No señor , eso de reflexionar es cosa que me fatiga.

—Sí, lo entiendo perfectamente, pero yo he reflexionado mucho y he dado con esa causa.

—¿ De veras ?

—Sí, y te la voy á manifestar.

—Os escucho , señor.

—¿ No has notado que al punto

que los franceses entran en batalla, en lugar de atrincherarse como los flamencos tras de sus picas, ó como los ingleses tras de sus trincheras, en lugar de aprovecharse de sus ventajas cuando el momento les parece favorable. cargan todos en monton como á porfia, sin mirar en el terreno en que lo hacen, no teniendo todos ellos mas que un ánsia sola, la de arremeter los primeros y sacudir los mas tremendos golpes? De aquí proviene la falta de unidad, porque nadie obedece mas que á su propia voluntad, ni sigue otra ley que la de su capricho, ni obedece á otra voz que á la que le grita, adelante! Esto es lo que hace que los flamencos y los ingleses que son pueblos graves y disciplinados, que obedecen á la voz de un solo gefe, acometen á tiempo, y las mas veces nos derrotan.

—Es cierto, señor: así sucede; pero qué remedio hay para impe-

dir que los franceses carguen al enemigo, apenas se le presente delante de sus ojos?

—Pues ese remedio es el que debemos conseguir, amigo Duguesclin, dijo Cárlos.

—Acaso pudiera lograrse poniéndose el Rey al frente de las tropas: tal vez entonces su voz seria escuchada.

—Te equivocas, querido Beltran; todo el mundo sabe que yo soy de blanda y pacífica condicion, bien diversa por cierto, de la de mi padre Juan y de la de mi hermano Felipe, llegarían á creer si no marchase de pronto al enemigo, que era miedo, porque los Reyes de Francia han tenido siempre la costumbre de atacar los primeros: se necesitaria para lograrlo, un hombre de valor reconocido, de reputacion sin tacha, de cumplida fama, y este hombre es Beltran Duguesclin, si tal le place.

—Yo, señor! exclamó el caballero mirando al Rey con sus grandes y atónitos ojos.

—Si, tú, tú solo; porque, á Dios gracias, saben que tú puede decir, que amas el peligro, y si tú te apartases de él, no podrian sospechar que era de miedo.

—Señor, cuanto acabais de decir, para mí lo encuentro muy puesto en razon, ¿pero quién haria que me obediesen todos esos caballeros y gentiles-hombres?

—Tú, Beltran.

—Yo, señor, dijo el caballero breton, meneando la cabeza; yo soy un pobre diablo, para que me ponga á dar órdenes á toda vuestra nobleza, cuya mitad cuando menos es de mejor alcurnia que yo.

—Beltran, si tú quisieras ayudarme, si quisieras servirme, si quisieras entenderme, con una palabra te haria mas grande que todo ellos.

—¿ Vos señor ?

—Si , yo , repuso Cárlos V.

—¿ Y qué es lo que haríais ?

—Te nombraría condestable.

Beltran se echó á reir , y dijo.

—V. A. se está burlando de mí,

—No , Beltran , te estoy hablando con toda formalidad.

—Pero, señor, la espada y la lanza de flores de lis suelen siempre brillar en manos casi régias.

—Esa es precisamente la desgracia de las naciones, dijo Cárlos, porque los príncipes que reciben espada la reciben como una dignidad ó título debido á su sangre, y no como la recompensa de sus servicios; teniendo, pues, esta espada por su nacimiento y no por mano del Rey, olvidan los deberes que les impone, mientras que tú, Duguesclin, cada vez que la desenvaines te acordarás del Rey que te la ha dado y de las obligaciones que te ha impuesto.

—Lo cierto es , señor , que si obtuviese alguna vez semejante honor... pero no ; es imposible !

—¿Cómo imposible ?

—Sí , sí , porque esto perjudicaría á V. A. , y no querrian obedecerme , porque no soy bastante grande.

—Obedéceme á mi , Beltran , dijo Cárlos revistiendo sus facciones con la espresion de una firme voluntad , y yo me encargo de hacer que los demás te obedezcan.

Duguesclin meneó la cabeza dudando todavía.

—Escucha , Duguesclin , continuó Cárlos , ¿crees tú que nos derrotan porque somos asaz arrojados ?

—A fé mia , respondió Duguesclin , que jamás habia caido en ello , pero ahora que pienso soy de ese mismo parecer.

—Pues bien , mi buen Beltran , todo irá bien ; es preciso que tratemos , no de batir á los ingleses , si-

no de cazarlos ; y para esto , Duguesclin , pocas batallas campales y muchos combates , encuentros y escaramuzas : este es el secreto. Es menester destruir á nuestros enemigos separadamente , uno á uno , al hondo de los bosques , al vadear los rios , en los pueblos , en fin , donde quiera que estén , resolveré : esto será lento , lo sé muy bien , pero seguro.

— Asi lo creo tambien ; pero jamás la nobleza querrá hacer semejante guerra.

— Por la Santísima Trinidad ! que tendrá que hacerlo por fuerza cuando haya dos hombres que quieran una misma cosa , y estos dos hombres sean el Rey Cárlos V y el condestable Duguesclin.

— Será preciso para ello que el condestable Duguesclin tenga el mismo poder que Cárlos V.

— Lo tendrás , Beltran ; el mismo : yo te cederé mi derecho de vida y

muerte

—Sobre los villanos, bueno: ¿pero sobre los gentiles hombres?

—Sobre los gentiles hombres.

—Pensad, señor: que hay príncipes en el ejército

—Sobre los príncipes como sobre los gentiles-hombres, y sobre todo el mundo. Duguesclin, escucha, tengo tres hermanos, los duques de Anjou, de Borgoña y de Berry. Pues bien, ellos serán, no tus lugar-tenientes, sino tus soldados: darán el ejemplo de sumision á los demás gentiles-hombres; y si alguno de ellos te faltase al respeto, harás que caiga de hinojos en el sitio mismo en que te haya faltado llamarás al verdugo, y harás que le corten la cabeza como á un traidor.

Duguesclin miró al Rey Carlos con asombro: jamás habia oido hablar con tanta firmeza á un príncipe tan afable y bondadoso.

Una mirada del Rey confirmó

cuanto sus labios acababan de proferir.

— ¡ Bien , señor ! repuso Duguesclin ; si poneis á mi disposicion semejantes medios , obedeceré á V. A. y allá veremos.

— Sí , mi buen Duguesclin , dijo el Rey poniendo ambas manos en los hombros del caballero : sí , probaremos , y los resultados serán felices : yo entretanto me ocuparé de la hacienda : repondré las arcas del tesoro , acabaré de edificar mi palacio de la Bastilla : cercaré de murallas á París , ó mas bien trazaré otras nuevas ; fundaré una biblioteca , porque no ha de ser todo alimentar el cuerpo ; es necesario sustentar el espíritu . Nosotros somos unos bárbaros , Duguesclin , que no nos ocupamos mas que de quitar el moho á las corazas , sin curarnos de que desaparezca el de nuestro entendimiento : esos moros que despreciamos son nuestros maestros ; tienen poetas ,

coronistas y legisladores; nada de eso tenemos nosotros.

—Es muy cierto, señor, dijo Duguesclin, pero me parece que nos pasamos sin ellos.

—Sí, como la Inglaterra se pasa casi sin sol porque no tiene otro remedio, pero esto no quiere decir que las nieblas valgan lo que el aire puro, pero si Dios nuestro Señor me da vida, y á tí buen ánimo, Duguesclin, entrambos daremos á la Francia todo cuanto ha menester, y para ello debemos empezar por darle la paz.

—Y sobre todo, dijo Duguesclin, encontremos un medio de purgarla de las grandes compañías, lo cual solo por un milagro habrá de suceder.

—Dios hará este milagro, dijo el Rey: nosotros somos bastante buenos cristianos: nuestra intencion es muy recta para que Dios no venga en nuestra ayuda.

En este momento se aventuró el doctor á abrir la puerta.

— Señor, V. A. se ha olvidado de los dos caballeros.

— Ah ! decís bien, exclamó el Rey, pero estábamos tratando Duguesclin y yo de hacer de Francia la primera nacion del universo. Ahora hacedles entrar.

Al punto fueron introducidos los dos caballeros: el Rey les salió al encuentro: uno de ellos únicamente tenia levantada la visera. El Rey no le conocia ; mas no por eso fue menos bondadosa la sonrisa con que lo acogió.

— Habéis suplicado audiencia , caballero , y me han dicho que para un negocio importante.

— Es verdad , señor , respondió el mancebo.

— En tal caso seais bien venido.

— No os apresureis , gran Rey , á darme bien venida , porque os traigo una mala nueva.

Una sonrisa melancólica erró entonces por los labios de Cárlos V.

—Una mala nueva! Hace mucho tiempo que no las recibo de otra especie; pero no somos nosotros los que confundimos al mensajero con la noticia. Hablad pues, caballero.

—Ay señor!

—De donde venís?

—De España.

—Hace mucho tiempo que nada bueno espero de ese lado; no nos sorprendereis, pues, por malo que sea el mensage que tengais que darnos.

—Señor, el Rey de Castilla acaba de matar á la hermana de nuestra Reyna.

Cárlos hizo un movimiento de espanto; el caballero continuó:

—La ha muerto asesinándola, despues de haberla deshonrado calumniándola.

—Muerta, muerta mi hermana! dijo el Rey, perdiendo el color;

es imposible !

El caballero que estaba de hinojos se levantó de improviso.

— Señor, dijo con trémula voz; mal parece que un Rey injurie á un buen caballero que tanto ha sufrido para servir á su príncipe ; mas ya que mis palabras no os merecen crédito, merézcalo al menos este auillo de la Reyna.

Cárlos V tomó el anillo , lo estuvo examinando mucho tiempo , y poco á poco su pecho se fue enterneciendo , y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Ay ! ay ! sí , exclamó , es el mismo , lo reconozco , es el mismo que yo le dí. Beltran ¿ has oido ? otro nuevo golpe ! añadió dirigiéndose hácia Duguesclin.

— Señor , dijo el buen caballero: debeis una reparacion á este bizarro mancebo por las violentas palabras que le habeis dirigido.

— Sí , dijo Cárlos , sí ; pero él me

perdonará, porque estoy abrumado de dolor; no lo he querido creer de pronto, y aun ahora mismo no lo creo todavía.

Llegóse á esto el segundo caballero y levantó la visera de su casco:

— Señor, dijo ¿y lo creereis si yo digo lo mismo? me creereis á mí, que á vuestro lado he aprendido la profesion de la caballería? á mí, criado en la corte de Francia; á mí á quien tanto habeis amado.

— Hijo mio, hijo mio Enrique! exclamó Cárlos. ¡ Enrique de Trastámara! Gracias, porque en medio de tantas calamidades has venido á verme!

— Señor, vengo á llorar con vos la bárbara muerte de la Reyna de Castilla; vengo á ponerme al abrigo de vuestro escudo, porque si don Pedro ha muerto á vuestra hermana doña Blanca, tambien ha muerto á mi hermano don Fadrique.

Beltran Duguesclin se encendió de

cólera, y en sus ojos brillaba un fuego esterminador.

— Oh ! mal príncipe ! exclamó; y si yo fuese Rey de Francia...

— Qué hariais ? dijo Cárlos volviéndose vivamente hácia él.

— Señor, dijo Enrique siempre arrodillado: protejedme, salvadme, señor.

— Eso intentaremos, dijo Cárlos V; pero ¿ cómo tú, siendo español reciénvenido de España; tú tan profundamente interesado en este asunto, cómo te ocultas cuando este caballero se dirige á mí ? por qué callabas cuando él hablaba ?

— Porque este caballero, respondió Enrique, este caballero que os recomiendo como el mas leal y cumplido de cuantos he visto, me ha hecho un señalado servicio, y era muy natural que yo no le robase el merecido honor de hablar el primero: ha sido un compañero leal, y además de todo nadie en el mundo

puede hablar mejor al Rey de Francia que este caballero, porque él ha visto espirar á la Reyna de Castilla, y ha palpado la sangrienta cabeza de mi pobre hermano don Fadrique.

A estas palabras que pronunció Enrique entre lágrimas y sollozos, Carlos V quedó con el corazón desgarrado de dolor, y Beltran de Duguesclin dió en el suelo un fuerte golpe con el pie.

Enrique consideró á través de sus guantes que habia llevado á los ojos el efecto que sus palabras habian producido, y vió que sobrepujaban sus esperanzas.

—Pues bien, exclamó el Rey enardecido de cólera: esta noticia llegará á oídos de mi pueblo, y castígueme Dios, si yo á mi vez no desencadenó los demonios de la guerra, que tanto tiempo he temido aherrojados! ; Sí, moriré, sí, caerá mi cadáver sobre el de mi último vasallo: la guerra, se tragará la Francia

entera , pero mi hermana será vengada !

Pero á medida que Cárlos V se iba exaltando , Beltran se quedaba pensativo.

—Un Rey como D. Pedro deshonra el trono de Castilla , dijo Enrique de Trastamara.

—Mariscal , repuso Cárlos V dirigiéndose á Beltrán ; ahora es cuando las tres mil lanzas van á sernos útiles.

—Señor , yo las había levantado para la Francia , dijo Duguesclin , y no para los montes , lo cual nos acarrea doblados perjuicios. Lo que me ha dicho V. A. ha poco me ha hecho reflexionar : mientras estemos peleando en España , señor , el inglés entrará en Francia y se unirá á las grandes compañías.

—Entonces sucumbiremos , dijo el Rey ; sin duda que Dios lo quiere y en su voluntad se deben estrellar los destinos de mi Reyno ; pero se

sabrá por qué Cárlos V ha dejado perecer la Francia. Los pueblos perecerán, pero á lo menos será por una causa mucho mas importante que la posesion de un palmo de terreno, ó la queja de un embajador.

—¡ Ah ! señor , dijo Beltran ; si tuviésemos dinero ?

—Lo tengo , dijo el Rey en voz baja , y como si temiese que le oyesen fuera del aposento ; pero todo el oro del mundo no bastará para volver la vida á mi hermana y á su hermano.

—Es cierto , dijo Duguesclin, pero lo vengaremos sin necesidad de desamparar á la Francia.

—Espílicate , dijo Cárlos.

—Es cosa muy sencilla, añadió Beltran: con dinero engancharemos los capitanes de algunas compañías: son demonios del infierno á quienes les importa poco batirse , con tal de batirse por dinero.

—Y yo , dijo tímidamente Agenor,

diré una sola palabra si V. A. me lo permite.

—Escuchadle, señor, dijo Enrique, á pesar de su juventud es tan cuerdo como leal y valiente:

—Habla, repuso Cárlos.

—Creo haber comprendido, señor, que esas compañías son una carga pesada para V. A.

—Están desolando el reyno, caballero, y aniquilando nuestros vasallos.

—Pues bien, dijo Mauleon: quizas como acaba de decir Mosen Dugesclin, hay un medio de libertaros de ellas.

—¡Oh! hablad, hablad, dijo el Rey.

—Señor, todas esas partidas se están reuniendo actualmente hácia el Saona. Cuervos hambrientos que ya no encuentran pasto en un pais arruinado por la guerra, dirigirán su vuelo hácia el primer pais que les ofrezca abundante cebo. ¡Que Mosen Dugesclin flor y nata de nuestra caba-

heria , conocido y respetado del último de esos aventureros se dirija á ellos , se ponga á su cabeza , y los conduzcan á Castilla donde hay tanto que saquear y que incendiar , y bajo la fé de este gran capitán veréisle alzar bandera y partir desde el primero hasta el último para esta nueva cruzada.

—Pero si me presento á esa gente, dijo Beltran , ¿ no hay riesgo de que me jueguen una mala pasada y me cautiven y me hagan pagar rescate ? Porque habeis de saber que soy un pobre caballero breton y no tengo el dinero sobrado.

—Sí, dijo Cárlos , pero tienes reyes por amigos.

—Y yo , dijo Mauleon , me ofrezco humildemente á presentar vuestra señoría , al mas formidable de todos ellos , Mosen Hugo de Caverley.

—Pues quién sois vos ? preguntó Beltran.

—Nadie señor, ó cuando no muy poco, pero he dado en manos de esos bandido y los he enseñado á respetar mi palabra, porque solo bajo mi palabra me han soltado, y apenas deje á V. A. iré á llevarle 1,000 libras tornesas que le debo, y de las que la liberalidad del príncipe don Enrique me ha hecho merced, é iré además para alistarme un año en sus banderas.

—Vos entre esos bandidos? dijo Duguesclin.

—Señor, contestó Mauleon; tengo empeñada mi palabra, y solo con esta condicion me han dejado escapar de sus manos: por otra parte, cuando os pongais á su cabeza ya no serán bandidos, serán soldados.

—¿Y creéis que partirán? dijo el Rey animado por la esperanza; creéis que dejarán la Francia, que consentirán por fin en abandonar mi reyno?

—Señor, dijo Mauleon: tan seguro estoy de lo que he dicho, que ya cuento con que allí teneis 25,000 soldados á vuestra disposicion.

—Y tan lejos los llevaré, dijo Duguesclin, que ni uno siquiera volverá á Francia, yo os lo juro, buen Rey: si quieren la guerra, ¡vive Dios! guerra tendrán.

—Eso es lo que yo quise decir, repuso Agenor, y Mosen Beltran ha completado mi pensamiento.

—Pero ¿quién sois vos? dijo el Rey mirando al jóven con asombro.

—Señor, respondió Agenor, soy un simple caballero de Bigorre, al servicio de una de esas partidas, como acabo de referir.

—¿De cuanto tiempo á esta parte?

—Hace cuatro dias, señor.

—¿Y cómo os habeis engañado?

—Contádselos al Rey, caballero, dijo Enrique, porque nada perderéis en ese relato.

Y Mauleon refirió al Rey Cárlos

V. y á Mosen Beltran Duguesclin la historia de su enganche con Caverley; de manera que cautivó la admiracion del Rey mas sábio que se conocia, y del mariscal mas entendido en punto á la caballería.

CAPITULO II.

CAPITULO II.

De como el Bastardo de Mauleon volvió al lado del capitán Hugo de Caverley, y de lo demas que aconteció.

Era Cárlos V un príncipe cuerdo en demasia y que habia meditado asáz sobre los negocios del estado, para no ver de la primera ojeada todo el partido que podia sacar de aquella situacion, si los sucesos se arreglaban así como los habia preparado Mauleon. Privados los ingleses del auxilio de las grandes compañías, azote que desolaba los campos, iban á verse obligados á tener tropas á suel-

do que reemplazasen á estas que se cobraban por su misma mano, y que hacian por su cuenta una guerra lucrativa que arruinaba el reino. De aquí tenia que resultar una tregua para la Francia, durante la cual las nuevas instituciones darian cierto descanso y vigor á los franseses, y permitirian al rey llevar á cabo los grandes trabajos comenzados para hermosear á París y mejorar el estado de la hacienda.

Por lo tocante á la guerra de España, Duguesclin no encontraba en ella grande inconveniente: como quiera que la caballeria francesa era superior en vigor y en disciplina, á todas las del mundo, los castellanos debian, pues, ser vencidos, y por otra parte pensaba Beltran hacer su negocio con aquellas compañías, sabiendo bien que cuanto mas cara le costase la victoria, mas ventajosa seria para la Francia y cuantos mas cadáveres quedasen tendidos en los cam-

pos castellanos, menos pillos tendrían que volver al país.

Era la política de aquellos tiempos enteramente egoísta, ó cuando menos meramente personal: aun no habia nacido el derecho internacional cuyos principios han simplificado despues las cuestiones de guerra entre los monarcas: cada príncipe levantaba gente por su cuenta, con sus propios recursos, por la persuacion y por el dinero, ó por la fuerza, y adquiria en virtud de sus armas un derecho, que muchos solian hacer respetar.

—Don Pedro ha muerto á su hermano y asesinado á mi hermana, se decia Cárlos, y sin duda habrá tenido razon en hacerlo, sino me adelanto á probarle que ha obrado mal.

Don Enrique de Trastámara decia tambien.

—Yo soy el primogénito, pues que nací en 1333, y mi hermano Don Pedro en 1336. Don Alfonso, mi pa-

dre, habia contraido esponsales con mi madre doña Leonor de Guzman; y aunque no llegó á casarse con ella, era realmente su legítima esposa. Solo la casualidad ha hecho que yo naciese bastardo, segun el mundo: pero como si todavia no fuese esta una razon conveniente, el cielo envía á mi socorro injurias particulares y crímenes políticos que vengar: Don Pedro ha querido deshorrar á mi esposa, es el asesino de mi hermano Don Fadrique, y matador de la hermana del Rey de Francia: me sobra, pues, razon en querer destronar á don Pedro porque es mas probable que si salgo bien de mi empresa, yo subiré á ocupar el sólio vacante.

Y Don Pedro se decia:

— Rey de hecho é hijo legítimo me casé en virtud de un tratado que me daba á Francia por aliada, con una jóven princesa de sangre real llamada doña Blanca de Borbon. Esta en vez de amarme como era su de-

ber, amaba á don Fadrique mi hermano, y cómo sino fuese bastante el haberse me obligado á contraer una alianza política, mi muger ha tomado partido contra mí y á favor de mis hermanos Tello y Enrique, que me hacian la guerra: esto es un crimen de lesa magestad; pero además, ella ha manchado mi nombre con mi tercer hermano don Fadrique, crimen capital que ambos han debido purgar con la muerte: al hacerlo así estaba en mi derecho.

Pero cuando volvia los ojos en torno suyo para ver si este derecho estaba robustamente sostenido, no veia mas que á sus castellanos, sus moros y judios, mientras que don Enrique de Trastamara tenia el Aragon, la Francia, y el Papa: el partido, pues, era desigual, y esto hacia que don Pedro, uno de los príncipes mas perspicaces de su tiempo dijese alguna vez para sí: *que aunque hubiese comenzado por tener razon, po-*

dia muy bien acabar por no tenerla.

Los preparativos de la guerra se hicieron con toda precipitacion en la córte de Francia. El Rey Cárlos , no perdió mas tiempo que el necesario para poner la espada de condestable en manos de Beltran Duguesclin y hacer á la nobleza y á los príncipes un discurso, en el cual despues de haberle anunciado la honra que acababa de hacer al gentil-hombre breton les mandaba obedecer al nuevo condestable como á su misma persona. En seguida, como se trataba ante todas cosas de obtener para la proyectada campaña la cooperacion de las grandes compañías sin meter mucho ruido por miedo que don Pedro á fuerza de oro comprase, no el socorro de los capitanes en España , sino su permanencia en Francia, permanencia que impediria al rey Cárlos V llevase sus armas á otra parte, despidió al condestable y al caballero de Mauleon que iba á servir-

le de conductor.

El príncipe Enrique de Trastámara, cierto ya del apoyo del Rey de Francia los siguió como simple caballero.

Hízose el viage muy en silencio; los embajadores iban escoltados únicamente de sus escuderos y criados, y hasta de una docena de lanzas.

En breve apercibieron el Saona, y las innumerables tiendas de los aventureros que desertando de los confines de Francia, roídos ya por sus dientes, se habian aproximado paso á paso al centro como hacen los cazadores que van espantando la caza delante de sí. Semejante á una horda de bárbaros, habian reunido sus banderas en aquellas fértiles llanuras, esperando sin duda que un nuevo Aecio apareciese.

Tomó Agenor la delantera, dejando al condestable en seguridad, en el castillo de Rochefort, que pertenecía aun al Rey Carlos, y despues

de haber tomado esta precaucion, marchó sin vacilar á dejarse coger en las rédes siempre tendidas de las compañías.

— Por esta vez fue á caer en manos de un capitan casi de tanta nombradía como Hugo de Caverley, y que se llamaba el caballero Verde, que se hallaba de avanzada. Llevaron á Agenor á su presencia, y como este no estaba dispuesto á pagar dos rescates, reclamó que lo llevasen á la tienda de Caverley, á la cual fue conducido por el mismo caballero Verde.

El terrible gefe de aventureros lanzó un grito de satisfaccion al ver á su antiguo prisionero, ó mas bien á su futuro camarada.

Antes de entrar en esplicacion alguna, hizo Agenor que Musaron se adelantase con una bolsa de cuero convenientemente provista, gracias á la munificencia del príncipe Enrique y del Rey Cárlos V de las 1,000

libras tornesas que vació sobre la mesa.

Mientras duró la operacion nadie habló una palabra.

— Camarada, dijo Mosen Hugo de Caverley despues de haber hecho la última pila de dinero que puso al lado de otras nuevas ; esto es un rasgo magnífico ; yo no esperaba , lo confieso , volver á verte tan pronto ; con que vamos ¿ te has acostumbrado ya á la idea que de pronto te causó tanto miedo de vivir con nosotros ?

— Sí , mi capitan , porque un verdadero soldado vive en todas partes como le dá la gana ; por otro lado , he pensado tambien que una buena noticia nunca viene demasiado pronto , y yo os traigo una tan extraordinaria que á buen seguro no la esperais.

— ¡ Tenterias ! dijo Caverley que al oir este exordio , comenzó á temer que Mauleon no le tendiese algun lazo para volverse atrás de su palabra ;

¿ con que una nueva extraordinaria , eh ?

— Señor capitan , dijo Mauleon , el otro dia hablé de vos al Rey de Francia , para el cual sabeis llevaba yo un mensaje de su difunta hermana , y le conté la grande corte-sia que conmigo habeis gastado.

— ¡ Hola ! hola ! dijo Caverley li-sougeado ; ¿ con que me conoce el Rey de Francia ?

— Sí , capitan , porque habeis aso-lado su Reyno ; lo suficiente para que no se olvide de vos : los gritos de los monges achicharrados , las lamentaciones de las mugeres forza-das , las quejas de los ciudadanos puestos en rescate , han hecho llegar vuestro nombre como en triunfo has-ta sus oidos.

Caverley se estremeció de orgullo y de placer bajo su negra armadura : no dejaba de ser bastante siniestra la alegría de esta estatua de hierro.

— De suerte que el Rey me cono-

ce ; es decir que sabe el nombre del capitán Hugo de Caverley?

—Lo sabe, y os aseguro que jamás lo olvidará.

—¿Y que os ha dicho de mí el monarca?

El Rey me ha dicho : caballero, id á ver al buen capitán Hugo ó mas bien.....:

El capitán parecia tener suspensas las miradas de los lábios de Mauleon.

—O mas bien, continuó el caballero, yo le enviaré uno de mis primeros servidores.

—Uno de sus primeros servidores?

—Sí.

—Sin duda alguno de su gentiles hombres.

—¡Pardiez!

—¿Conocido?

—¡Oh! muy conocido!

—Es mucha la honra que me hace el Rey de Francia, dijo Caver-

ley tomando su tono socarron. Pero, ¿que es lo que pretende de mí el buen Rey Carlos V?

—Quiere enriqueceros, capitan.

—¡Mozo, mozo! exclamó el aventurero con súbita frialdad, os aconsejo que no os burleis de mí, por que es un juego que ha salido muy caro á cuantos lo han jugado. El Rey de Francia puede querer alguna cosa de mí, por ejemplo mi cabeza, y francamente creo que no le vendria mal, pero por mas diestro y listo que sea, tengo el sentimiento de deciros, caballero, que no la tendrá, ni aun por vuestra mediacion.

—Esto es lo que tiene estar obrando mal continuamente, replicó Mauleon con gravedad, inspirando respeto al mismo bandido; se desconfia de todo el mundo, se acusa á todo el mundo y se calumnia á un Rey, que ha merecido el título del hombre mas de bien de su reino. Comienzo á creer, capitan, añadió me-

veando la cabeza, que el Rey ha hecho muy mal en nombrar un comisionado cerca de vos, porque esta es una honra que se hacen los príncipes mutuamente, y en este momenso acabais de hablar como un bandido y no como un príncipe.

—Eh! eh! dijo Caverley un si es no es turbado con aquella audacia; la desconfianza, amigo mio suele ser prudencia. Y hablando con franqueza: ¿cómo diablos me ha de querer el Rey despues de los gritos de los monges quemados, de las mugeres forzadas y de los ciudadanos puestos en rescate, de que tan elocuentemente hablábais hace poco rato?

—Muy bien, repuso Mauleon: ya sé lo que me resta que hacer en tal caso.

—¿Y qué os resta que hacer, dijo el capitau Hugo de Caverley?

—Enviar á decir al embajador del Rey que su mensaje está cumplido, y visto que un gefe de aventureros

desconfía de la palabra del Rey Carlos V.

Y se dirigió Mauleon á la salida de la tienda para llevar á cabo su amenaza.

—Eh! eh! exclamó Caverley; no he dicho una palabra de todo eso que pensais, ni he pensado nada de lo que estais diciendo. Por otra parte, siempre tendremos tiempo de despachar á ese caballero: ahora, querido amigo, debemos hacerle venir, y de todos modos será bien recibido.

Mauleon movió la cabeza.

—El Rey de Francia desconfía de vos, mosen, dijo friamente Mauleon, y no será él quien deje venir á uno de sus principales servidores á vuestro campamento, sino le dais un salvo-conducto.

—Voto al chápíro! que me estais insultado, compadre.

—No tal, querido capitan, repuso Mauleon; acordaos de que vos

me habeis dado ejemplo de desconfianza.

—Pardiez, ¿pues no se sabe que el enviado de un Rey, es inviolable para todo el mundo, y basta para nosotros mismos que violamos todo lo que se nos pone por delante? Es este mensajero, por ventura, de una especie particular?

—Bien puede ser, dijo Mauleon.

—Pues entonces, por curiosidad siquiera, quiero verle.

—Firmad en tal caso un salvo-conducto en toda regla.

—Es muy fácil.

—Sí, pero no estáis aquí solo, capitán: si me he dirigido á vos, es porque sois el principal de todos, y porque he tenido la fortuna de tener relaciones con vos y no con los demas.

—Con que en ese caso, repuso Caverley, ¿el mensaje no es para mí solo?

—No; es para todo los capitanes

de las compañías.

—Con que no es á mí solo á quien el bueno del Rey quiere hacer rico ? dijo Caverley con socarronería.

—El Rey Cárlos es asaz poderoso para enriquecer si le da la gana á todos los pillos de su reyno , dijo á su vez Mauleon con una risa que dejaba muy atrás á la irónica del capitán Caverley.

Este sin duda era el language que debia usarse con un capitán de aventureros , porque la salida de Mauleon disipó todo el mal humor de aquel.

—Que venga mi escribano , dijo , y que estienda un salvo-conducto en debida forma.

Adelantóse un hombre alto , delgado , trémulo y vestido de negro de arriba abajo : era el maestro de escuela de una vecina aldea , que el capitán Hugo habia elevado á la dignidad de secretario interino suyo.

A la vista de Musaron estendió el

salvo-conducto , mas conciso y regular que jamás doctor alguno habia estendido en pergamino. Entonces el capiten mandó llamar por su page á cada uno de los mas ilustres bandidos compañeros suyos ; y sea que él no supiese escribir , ó que por una razon que solo él conocia jamás quisiese quitarse su guante de hierro , echó el primero un sello con el pomo del puñal al pie de la escritura y ordenó que los demás camaradas estampasen los unos la cruz, los otros su sello , aquellos su rúbrica. Al ejecutar esta maniobra , refan- se los bandidos entre sí , creyéndose muy superiores á todos los príncipes de la tierra , puesto que daban salvo-conducto á los embajadores del Rey de Francia.

Apenas el pergamino quedó autorizado con todos aquellos sellos, cruces y firmas , Caverley se volvió hácia Mauleon.

— Cuál es el nombre del mensa-

gero ? le preguntó.

— Lo sabreis en cuanto él venga, si es que se digna decíroslo.

— Vamos , exclamó riendo el caballero Verde , es algun baron , cuyo castillo habremos incendiado , robándole á su muger , y vendrá á ver si hay trazas de poder rescatar su casta esposa , por su caballo y gerifalte.

Vestíos con vuestras mejores armaduras , dijo Mauleon con altivez ; mandad á vuestros pages , si es que los teneis , se adornen espléndidamente , y guardad silencio cuando entre la persona que os anuncio , si mas tarde no quereis arrepentiros de haber incurrido en una gran falta para los hombres ejercitados como vosotros en la profesion de las armas.

Y Mauleon salió de la tienda como hombre que conoce el valor del golpe que acaba de dar ; un murmullo de duda y de sorpresa resonó entre

aquella gente.

—Está loco, dijeron algunos.

—No, no le conoceis, dijo Caverley; no está loco, y debemos esperar aquí algo de nuevo.

Medio dia habia transcurrido: el campamento habia vuelto á tomar su acostumbrado aspecto: unos se bañaban en el rio, otros bebian á la sombra de los árboles, y aquellos se tendian en los prados: veíanse llegar bandadas de pillos anunciadas por gritos de alegría y de angustia: entonces aparecian mugeres desgredadas y hombres aporreados y atados á la cola de los caballos: revelábanse los ganados contra los dueños desconocidos que los guiaban, bramando y baulando bajo las tiendas, donde en un instante eran muertos y descuartizados para la cena de aquella noche, mientras que los gefes venian á ver los resultados de la espedicion, escogiendo su parte de botin, no sin grave reyerta entre los soldados beo-

dos ó hambrientos.

Mas léjos se hacian nuevos reclutamientos de sencillos paisanos arrancados á la fuerza de sus cabañas , que debian olvidar lo todo al cabo de quatro años para convertirse como sus nuevos camaradas en ladrones y asesinos: aquí y allí pelotones de criados y nubes de galopines, corrian y jugaban ó disponian la cena de sus amos: toneles destapados , lechos robados, muebles rotos , cortinas hechas girones estaban desparcidos por el suelo , mientras que enormes perros sin dueños , vagaban por entre los grupos para coger algun hueso y robar á los ladrones, que hacian chillar de espanto á los niños estraviados.

Cuatro agudas trompetas resonaron en los confines del campamento, que en vano hemos procurado pintar, y del que solo viéndole podia formarse una idea. Vióse luego una bandera blanca sembrada de innumerables flores de lis, que en aquella

época eran todavía las armas de Francia (*). Hubo al instante en el campamento de los aventureros grande alboroto y movimiento: los tambores batieron marcha, y los subalternos corrieron á reunir á los soldados y guardar los principales puestos. En breve y por amontonadas hileras de gente curiosa y atónita, desfiló lentamente un solemne acompañamiento: iban delante las cuatro trompetas cuyos ecos habian desvelado el campo; despues un heraldo con la espada del condestable, de ancha hoja de flores de lis y empuñadura de oro, que llevaba en alto y desnuda, y por último unos cuantos pasos delante de doce hombres ó mas bien de doce estátuas de hierro, venia un caballero con la visera cala-

(*) *Algunos años despues las redujo á tres Carlos V en honor y gloria de la Ssma Trinidad.*

da y de noble continente: su arrogante caballo negro tascaba un freno de oro, y á su costado brillaba una grande espada de guerra con el puño gastado por el uso.

Al lado de este caballero, aunque un poco mas atrás, venia Mauleon conduciendo toda esta comitiva á la tienda en que los gefes estaban reunidos.

El silencio del asombro y de la curiosidad reynaba en aquel campo, que pocos minutos antes resonaba con estrepitosos clamores.

El que parecia ser caudillo de aquella tropa echó pie á tierra, y haciendo elevar la bandera real al son de las trompetas, entró en la tienda.

Los gefes estaban sentados, y no se levantaron á la llegada del personaje, mirándose unos á otros sonriéndose.

—Este es el estandarte del Rey de Francia, dijo el caballero con una voz dulce y penetrante, inclinándo-

se delante de él.

—Lo conocemos bien, dijo Mosen Hugo de Caverley, poniéndose en pie para responder al extranjero; pero aguardamos á que el enviado del Rey de Francia nos diga su nombre para inclinarnos ante él, como él lo ha hecho ante las armas de su señor.

—Yo, repuso modestamente el caballero, levantando la visera de su casco, yo soy Beltran Duguesclin, condestable de Francia, y diputado por el Rey Cárlos V, cerca de los señores gefes de las grandes compañías, á quienes Dios colme de alegría y de prosperidad.

Apenas habia pronunciado las últimas palabras, cuando simultáneamente todos descubrieron sus frentes y desenvainando las espadas, las blandieron con alborozo: por todas partes el respeto ó mas bien el entusiasmo estallaban en gritos de alegría, y un fuego eléctrico recorrió el campamento como un rastro de pólvora

inflamada: el ejército entero, haciendo chocar unas con otras las picas y espadas, vino á gritar á la puerta de la tienda.

—Viva, viva! gloria al gran condestable.

Inclinóse este con su modestia acostumbrada, y saludó en medio de un torrente de aplausos.

CAPITULO III.

De como los gefes de las grandes compañías prometieron á Mosen Beltran Duguesclin, seguirle al cabo del mundo, si su gusto era llevarlos allí.

A este primer movimiento de entusiasmo, sucedió tan grande atención, que las palabras del condestable, aunque pronunciadas con la calma de la fuerza, recorrieron las filas y llegaron clara y distintamente de un cabo al otro del campamento, donde los últimos soldados las recogieron con ansia.

— Señor capitán, dijo Duguesclin,

con aquella cortesía casi obsequiosa que le hacia dueño del corazón de todos los que estaban en relaciones con él: el Rey de Francia me envia aquí para que juntos llevemos á cabo la única acción quizás digna de tan valientes guerreros como vosotros.

—Aunque el exordio fuese lisonjero, como la disposición general del ánimo de los señores capitanes era la desconfianza, vino á resultar que como todavía estaban ignorantes del objeto que llevaba el condestable se enfrió el entusiasmo de sus oyentes, y conoció aquel ser necesario continuar aprovechándose del primer sentimiento que habia sabido inspirar. Así, pues, repuso:

—Cualquiera de vosotros, posee ya bastante gloria para que sobre este punto nada le quede que desear: pero ninguno tiene bastantes riquezas para decir: yo soy ya demasiado rico. Por otra parte cada uno de vo-

sotros debe haber llegado al punto de querer reunir el honor de las armas con el provecho que de ellas se saca. Ahora bien, dignos capitanes, figuraos lo que será una expedicion emprendida por vosotros contra un príncipe rico y poderoso cuyos despojos cayendo en vuestras manos por legitimo derecho de guerra, os servirán de trofeos tan gloriosos como productivos. Yo tambien soy un aventurero como otro cualquiera: un oficial de fortuna; ¿no estais cansados como yo de la opresion que hemos ejercido juntos contra enemigos mas débiles que nosotros? En lugar de esos gritos de niños y chillidos de mugeres que han llegado á mis oidos al atravesar vuestro campamento, ¿no deseais oir el estrépito marcial de los clarines que anuncian la señal del combate, y los bramidos del enemigo á quien es preciso derrotar? Vosotros en fin, bizarros caballeros de todas las naciones, y que por con-

secuencia teneis un honor nacional que sostener, ¿no os tendreis por muy dichosos, si ademas de la gloria y de las riquezas que os he prometido, os reunís para lidiar por una causa justa en beneficio de la humanidad? Por que en fin, qué vida es la que traemos los soldados? no hay un príncipe elegido por Dios que autorice nuestras esacciones y rapiñas: muchas veces la sangre que deramamos está pidiendo venganza, y su voz, no solo sube al cielo, sino que conmueve á nuestro pesar nuestra alma endurecida en los horrores de la guerra; pues bien, despues de una vida errante y de capricho, si llegamos á ser soldados de un gran Rey, campeones del mismo Dios, ricos y poderosos, ¿no habremos cumplido con los verdaderos destinos de todo hombre que se consagra á la dura profesion de la caballeria?

Esta vez largos murmullos de aprobacion corrieron por entre las

filas de los capitanes, porque encontraba muchísimo eco en ellos la voz del mas rudo rompedor de lanzas, del mas terrible escaramuzador de aquellos tiempos. Todos habian visto á Beltran en un dia de batalla, y muchos de ellos habian sentido el filo de su espada, ó el peso de su enorme maza; asi pues, les pareció digno de ellos adherirse á la opinion de tal soldado.

—Señores, continuó diciendo Duguesclin al ver el buen efecto que la primera parte de su discurso habia producido, hé aquí el plan cuya ejecucion me ha confiado nuestro buen Rey Carlos V. Moros y sarracenos han llegado á ponerse en España mas insolentes y mas crueles que nunca. En Castilla reyna un príncipe cristiano mas insolente y mas cruel que los mismos sarracenos y moros: un hombre que ha matado á su propio hermano, señores; un armado caballero que trae cadena y espuelas de

oro, que ha asesinado á su muger, la hermana de nuestro Rey Cárlos; un hombre audaz, en fin, que con su crimen parece haber desafiado á toda la caballeria del mundo, porque para que un crimen semejante quedase impune, sería preciso que ya no hubiese caballeros en el orbe.

Este segundo periodo no hizo al parecer mucha impresion en los ánimos de los aventureros; matar á su hermano, asesinar á su muger, les parecian actos algo irregulares, pero no crímenes para cuya venganza hubiesen de descomponerse y salir de quicio 25,000 personas honradas. Bien conoció Duguesclin que su causa habia decaido; mas no por eso se desanimó, y repuso:

—Considerad bien, señores, si hubo jamás cruzada alguna mas gloriosa, y sobre todo de mayor utilidad. Vosotros conoceis la España; alguno de vosotros la ha recorrido, y todos habeis oido hablar de ella. La

España, el país de las minas de plata; la España de los palacios llenos de tesoros de los árabes; la España en que moros y sarracenos han enterrado los tesoros que habian recogido de la mitad del mundo: la España donde las mugeres son tan hermosas, que por una muger perdió don Rodrigo á su reyno. Pues bien, este es el país á donde os conduciré, señores, si quereis seguirme, pues allá me propongo ir con algunos de mis buenos amigos, entresacados de las mejores lanzas de Francia, para averiguar si los caballeros del Rey don Pedro son tan cobardes como su señor, y para probar si el temple de sus espadas equivale al temple de nuestras hachas. Con que, señores capitanes, ¿no es verdad que es un excelente viaje? quereis ser de la partida?

El condestable terminó su discurso con uno de esos ademanes tan francos que suelen llevar en pos de sí á las asambleas. Hugó de Caverley,

que mientras se pronunciaba la arenga habia dado muestras de hallarse tan agitado como si el demonio de los combates se hubiese apoderado de él , recorrió el círculo de los gefes preguntando á cada uno su opinion, la cual no tardó mucho en saber, pues todos se apresuraban á darle la suya: volvióse entonces cerca de Beltran Duguesclin, que apoyado en su larga espada , en tanto que todos los soldados le devoraban con la vista , hablaba tranquilamente con Agenor y con Enrique de Trastamara, cuyo corazon latia con violencia desde el principio de esta escena , pues por mas desconocido que fuese á la multitud , el resultado de esta escena era para él nada menos que un trono ó la oscuridad, es decir, la vida ó la muerte. Los hombres de este temple tienen ocupado con la ambicion el lugar del corazon ; de suerte que cualquier herida que reciban no puede menos de ser mortal.

Pasados algunos minutos de deliberacion, acercóse al condestable Mosen Hugo de Caverley, y en medio del mas profundo silencio, dijo:

—Respetado señor Beltran Duguesclin! hermano y compañero; vos que sois al presente el espejo de toda caballería, sabed que por vuestro esfuerzo y lealtad nosotros todos, todos estamos dispuestos á servirlos. Vos sereis nuestro gefe y no nuestro asociado, nuestro capitán, y no nuestro igual. En cualquiera trance y aventura, todos nosotros somos vuestros, y os seguiremos hasta el fin del mundo; y bien sean moros, sarracenos ó españoles, no teneis mas que hablar para que marchemos contra ellos. Unicamente se hallan entre nosotros algunos caballeros de Inglaterra, y estos aman al Rey Eduardo III y á su hijo el príncipe de Gales: mas prescindiendo de estas dos personas, seguro es que com-

batirán á cuantos se presenten. ¿ Os complace esto , buen señor ?

Inclinóse el condestable , dándoles las mas inequívocas muestras de su profundo reconocimiento , y añadió algunas palabras para celebrar el honor que tales guerreros querian dispensarle, en lo cual no mentia ciertamente Beltran. Semejante homenaje tributado á su superioridad debia lisonjear naturalmente á un hombre del siglo XIV. cuya vida fue toda la de un soldado.

La noticia de esta determinacion produjo en todo el campo un entusiasmo imposible de describir: era en efecto una vida incómoda para tales aventureros, el andar en contiúas escaramuzas con poblaciones reunidas , el hacer una guerra de montañas , el tener hambre en medio de la opulencia , y el ver aquella desolacion en medio del triunfo. Guerrrear en otro pais , en un pais todavía nuevo , en un suelo casi virgen,

bajo un clima templado, mudar de vino y de mugeres, conquistar los ricos despojos de los españoles, de los moros y de los sarracenos, era un sueño que corria parejas con esa realidad de tener por cabeza al espejo de la caballeria europea como llamaba al condestable Mosen Hugo de Caverley. Asi Beltran Duguesclin fué recibido en medio de frenéticos transportes y pasó á la tienda que le habian preparado en el sitio mas descubierta y elevado del campo, bajo una bóveda formada con las lanzas que los aventureros cruzaban sobre su cabeza, á la par que se inclinaban no ante la bandera de la Francia, sino ante quien la conducia.

Señor, dijo Beltran á Enrique de Trastamara asi que hubieron entrado en la tienda y mientras que Hugo de Caverley y el caballero Verde felicitaban á Agenor por su regreso particularmente por las circunstancias que le habian acompañado;

señor, debeis estar satisfecho al ver cumplida la mas ímproba tarea. Todos nosotros estamos contestes , y esa gente se halla dispuesta á lanzarse como tábanos sedientos de sangre sobre la piel de los moros y sarracenos españoles, y á picarles sin tregua ni descanso, al mismo tiempo que haga su negocio hará el nuestro tambien ; al mismo tiempo que se vaya enriqueciendo, os dará un trono. Respecto á las fiebres de Andalucia, á las emboscadas de las montañas , al paso de los rios , cuya rápida corriente suele llevar tras sí caballos y caballeros , en cuanto á los abusos del vino y del amor , de la embriaguez y del libertinaje, cuento con ello para acabar con la mitad de estos bandidos: la otra mitad espero que perecerá bajo los golpes de los moros y españoles , que son escelentes martillos para semejantes yunques: por consiguiente, saldremos vencedores de cualquiera manera ; yo os insta-

laré en el trono de Castilla y me volveré á Francia con gran satisfaccion del buen Rey Cárlos , y con mis buenos soldados que yo economizaré á cuenta del sacrificio de estos ilustres bribones.

—Sí señor , respondió Enrique de Trastamara con aire pensativo; ¿pero, no desconfiais de alguna resolucion imprevista del Rey don Pedro? ; es un caudillo muy entendido y tiene una cabeza llena de recursos.

—Yo no voy tan léjos , respondió Duguesclin ; cuantas mas penas y quebrantos tuviéremos , tanta mayor será nuestra gloria , y tantos mas Caverleys y caballeros Verdes dejaremos tendidos en esta buena tierra de Castilla: una sola cosa me inquieta , y es , la entrada en España; porque si bien es fácil hacer la guerra al Rey don Pedro , á sus sarracenos y á sus moros , no debe nunca emprenderse con todas las Españas reunidas. No bastarían para ello qui-

nientas compañías , amen de que es mucho mas difícil mantener un ejército en España que en Francia.

— Por eso, replicó Enrique, voy á tomar la delantera , y á prevenir al Rey de Aragon , que es amigo mio, y que por el cariño que me tiene , y por el ódio que profesa al Rey don Pedro , estoy seguro que os dará paso franco por sus estados con bastimentos y servicio de gente y de dinero ; de suerte que si por ventura fuésemos derrotados en Castilla, seremos sostenidos por una buena retirada.

— Bien se conoce, señor, repuso el condestable , que vuesa merced ha sido criado y educado cerca del buen Rey Cárlos, que comunica su sabiduría á cuanto le rodea ; vuestro consejo es sano y discreto , id, pues, y guardaos de que os atrapen: que en tal caso no tendríamos guerra , porque si yo no me equivoco, nosotros nos batimos para hacer y

deshacer un Rey, y no para otra cosa.

—¡ Ah, señor ! dijo Enrique, picado por la perspicacia de aquel á quien no consideraba mas que como á un batallador sin discrecion ; ¿ por ventura , una vez destronado el Rey don Pedro , no os conceptuareis muy dichoso en reemplazarle con un amigo fiel de la Francia ?

— Creedme , señor , respondió Duguesclin, el Rey don Pedro seria un fiel amigo y aliado de la Francia, si esta nacion se decidiese á ser algun tanto amiga del Rey don Pedro; pero esto no es de lo que se trata, y la cuestion está resuelta en favor vuestro; ese descreido asesino, ese Rey cristiano que es el oprobio de la cristiandad debe ser castigado, y para descargar sobre él el golpe de la justicia de Dios tanto valeis como otro cualquiera. Por lo tanto, señor, puesto que nosotros ya lo tenemos arreglado todo, partid sin dilacion,

porque se me está haciendo tarde el entrar en España con las compañías antes que el Rey don Pedro tenga tiempo de desatar los cordones de su bolsa, y nos juegue algunas de las suyas, como vos mismo deciais no hace mucho.

Nada respondió Enrique. Sentíase humillado en el fondo de su alma con esta especie de proteccion que tenia que sufrir de parte de un simple gentil hombre, so pena de estrellarse en su empresa real, mas la corona que veia brillar en sueños de ambicion y de porvenir le consoló de esta humillacion pasagera.

En tanto, pues, que Beltran llevaba á Paris á los principales cabezas de las compañías con objeto de presentarlos al Rey Cárlos V, y mientras que este príncipe, colmándolos de honores y dádivas, les disponia á dejarse matar alegremente por su mejor servicio, Enrique, seguido de Agenor y este de su fiel Musarou,

volvian á tomar el camino de España, aunque procurando desviarse de la ruta que habian llevado por temor de que les conociesen algunos de los muchos que pudieran causarle algun perjuicio, por mas que fuesen bien provistos de salvo conducto, expedidos por el capitan Hugo de Caverley y mosen Beltran Duguesclin.

Tomaron por la derecha, que era el camino mas corto para llegar en breve á Bearne, y desde allí atravesar el Aragon. En consecuencia de esto, costearon la Auvernia, siguieron las orillas del Vaser y vadearon el Dordoña por Castillon.

Estando casi enteramente seguro Enrique de que con el trage y el nombre de un oseuro caballero no seria fácil conocerle, intentaba asegurarse por sí mismo de las disposiciones de los ingleses con respecto á su persona, y tentar si era posible atraer al príncipe de Gales á su partido; resultado que no le parecia imposible,

vista la solicitud con que los capitanes se habian dado prisa á seguir á Mosen Beltran Duguesclin; lo cual indicaba no haber tomado todavia el príncipe negro partido alguno. Tener por auxiliar al hijo de Eduardo III, al rapaz que habia ganado sus espuelas en Crocy, al doncel que habia derrotado al Rey Juan en Poitiers era no solamente duplicar la fuerza moral de su causa, sino tambien contar con un refuerzo de cinco ó seis mil lanzas mas en Castilla, pues tales eran las fuerzas de que podia disponer el príncipe de Gales, sin desmembrar sus guarniciones de Guyena.

Este príncipe tenia su campo ó mas bien sus reales en Burdeos; y como quiera que se estuviese si no en paz, por lo menos en treguas con la Francia, eutrambos caballeros entraron en la ciudad sin dificultad, si bien es verdad que verificaron su entrada en la tarde de un dia de fiesta,

y por esa razon no se hizo reparo en ellos á causa del tumulto.

Agenor habia propuesto desde luego al príncipe Enrique de Trastámara fuese á hospedarse con él á casa de su tutor Mosen Ernauton de Santa Coloma que tenia una casa en la ciudad; pero el recelo de que su compañero no le guardase con la debida fidelidad el secreto, le habia obligado á rehusar semejante oferta, llegando hasta convenir en que para mayor seguridad Mauleon pasaria por Burdeos sin ver á su tutor; lo cual habia prometido Mauleon por mucho que le costase el pasar tan de cerca sin saludar al digno protector que le habia servido de padre: mas despues de haber recorrido la ciudad en todas direcciones, haber llamado inútilmente á la puerta de todas las posadas, y convenciéndose de que por la muchísima afluencia de gentes era imposible encontrar acomodo en ninguna hospe-

dería, se vió el príncipe obligado á recurrir á la oferta que le habia hecho Agenor. Encamináronse, pues, hácia la casa de Ernauton situada en uno de los barrios de la ciudad, habiendo antes concertádose solemnemente entrambos viajeros en que el nombre del príncipe no se pronunciaría, y que se haría pasar por un simple caballero amigo y hermano de Agenor.

Por lo demás, la fortuna sirvió á los viajeros á las mil maravillas. Mosen Ernauton de Santa Coloma se hallaba á la sazón viajando por el país de Mauleon, donde tenia un castillo y algunas tierras. Dos ó tres criados eran los únicos que habian quedado en Burdeos, los cuales recibieron al doncel como si fuera, no el pupilo, sino el hijo del anciano caballero.

Un criado de la mayor confianza que habia visto nacer á Agenor, fué quien hizo los honores de la casa á

los dos viajeros. Por lo demás, después de los cuatro años que Mauleon no había estado en Burdeos, la casa había cambiado mucho; sus jardines que eran inmensos y que presentaban un lugar retirado, inaccesible á los rayos del sol y á las miradas de los hombres, se hallaban á la sazón separados de la casa por un murallón, formando al parecer una vivienda particular.

— Con este motivo preguntó Agenor al antiguo criado, el cual le informó de como este jardín, donde á la sombra de los sicomoros y de los plátanos había pasado su descuidada juventud, había sido vendido por su tutor al príncipe de Gales, el cual había construido una suntuosa casa donde hospedaba á todas las personas que no podía ó no quería recibir ostensiblemente en su palacio.

Hizo el príncipe una señal á Agenor para que hiciese repetir esta explicación con todos sus pormene-

res, pues como puede recordar el lector, habia venido á Burdeos con la intencion de ver al príncipe negro y con la esperanza de adquirir en él un amigo: sin embargo, como se hacia tarde y los viajeros estaban muy fatigados á causa de la jornada, dió el príncipe orden á los sirvientes para que dispusiesen su habitacion, á la cual se retiró inmediatamente despues de cenar. Agenor lo imitó pasando á la suya, que colocada en el primer piso de la casa, daba encima de aquellos hermosos jardines, en los cuales habia considerado como un recreo ir á recoger flores de lo pasado, aquellos hermosos recuerdos de su juventud.

En lugar de acostarse conforme lo hizo el príncipe, se sentó cerca de la ventana y con toda le poesía que dan veinte años, clavados los ojos en aquellos altos y copudos árboles, al traves de cuyas hojas filtraban con dificultad algunos rayos de la luna,

se puso á recorrer las orillas del cauce de la vida, mas floridas y bellas á proporcion que se va uno aproximando á la infancia: el cielo estaba claro y el aire puro y tranquilo brillaba el rio á lo lejos como las escamas de plata de una serpiente inmensa, mas por un capricho de la imaginacion, y ya proviniese de la semejanza del paisage, ó de la coincidencia de horas iguales, ó bien de los perfumes de los naranjos de la Guyena que tambien recuerdan los de Portugal y Andalucia, su pensamiento en alas de fuego atravesó los montes y fue á parar al pie de la sierra de Estella, á orillas de aquel pequeño rio que va á desaguar en el Tajo, y en cuya orilla opuesta atraido por los sonidos de la guzla por la primera vez habia hablado de amor á la bella mora.

Deimproviso, en medio de esta embriaguez descubrió una luz que salia del palacio misterioso, y que

brillaba como una estrella al traves de la ojarasca, y en seguida muy pronto, (estraño prodigio que el caballero no pudo menos de atribuir á un error de los sentidos), creyó oir los sonidos de una guzla. Trémulo y palpitante, escuchó aquellos acordes que formaban un sencillo preludio, y en seguida una voz pura, melodiosa, una voz cuyos acentos no se podian desconocer una vez que se hubiesen oido, entonó en castellano un antiguo romance español, que Agenor no acabó de oir; y dando un salto como para sacudir aquel ensueño, fijó sus ávidas miradas en los plátanos del jardin, y exclamó con ardiente esperanza:

—Aïssa! Aïssa!

CAPITULO IV.

De como Agenor encontró á la que buscaba . y el príncipe Enrique al que no buscaba.

Cerciorado Agenor de que era la voz de Aïssa la que acababa de escuchar , cediendo á ese primer movimiento , tan natural en un jóven de veinte años , tomó su espada , se embozó en su capa , y se aprestó á penetrar en el jardin. Pero en el momento mismo en que cabalgaba sobre la ventana , sintió una mano que se posaba en su hombro ; volvió la cabeza y vió á su escudero.

—Señor le dijo este : siempre he notado una cosa , y es que de las muchas locuras que se cometen en este mundo , algunas de ellas se hacen entrando en una casa por la puerta ; pero la mayor parte se verifican trepando por las ventanas.

Agenor hizo un movimiento para continuar en su empresa , pero Musaronle detuvo con cierta violencia respetuosa.

—Déjame , dijo el jóven.

—Señor , dijo Musaron , os pido cinco minutos , transcurridos estos , os dejaré en plena libertad de hacer cuantas locuras quisiéreis.

—Sabes donde voy ? dijo Mauleon ,

—Me lo sospecho.

—¿Sabes quién está en ese jardin?

—La mora.

—Aïssa en persona , tú lo has dicho. A ver si ahora te atreves á detenerme!

—Segun y conforme os mostreis cuerdo ó insensato.

—Qué quieres decir?

—Que la mora no está sola.

—Indudablemente que no, se halla con ella su padre, que no la abandona jamás.

—Y siempre su padre está custodiado de una docena de moros.

—Y qué?

—Nada, que en este momento están tomando el fresco bajo esos árboles. Sin duda alguna vais á chocar con alguno: supongamos que lo mateis, pero á los gritos de este vendrá otro á quien demos que también mateis; pero acudirá un tercero, un cuarto, un quinto; habrá lucha, combate, ruido de espadas, sereis reconocido, preso, y muerto tal vez.

—Bien; pero la veré.

—Qué locura! una mora!

—Quiero volver á verla.

—Yo no os lo impido; pero procurad al menos que sea sin riesgo.

—Tienes tú algun medio?

—Yo precisamente, no; pero el

príncipe, podrá facilitaros alguno.

—Cómo! el príncipe?

—Sin duda. ¿Creeis que le interesa menos que á vos la presencia de Mothril en Burdeos, y que tendrá menos deseos, cuando sepa que se halla aquí, de saber lo que viene á buscar el padre, de los que su merced tiene de saber lo que viene á hacer la hija?

—Tienes razon, dijo Agenor.

—Ah! bien lo veis, dijo Musaron satisfecho.

—Pues marcha á prevenir al príncipe. Yo me quedo aquí para no perder de vista esta pequeña luz.

—Y tendreis paciencia para esperarnos?

—Estaré escuchándola, dijo Agenor.

En efecto, continuaba oyéndose la dulce voz que cantaba en medio de la noche, acompañándose con la guzla. No era ya el jardin de Burdeos el que se presentaba á su vista, era

el jardín del alcázar; ni era tampoco la blanca casa del príncipe de Gales, sino el Kiosco morisco con su cortinaje de enredaderas. Cada sonido de la guzla penetraba profundamente en su corazón, que por momentos iba llenándose de embriaguez. A muy poco de haber quedado solo, oyó que se abría la puerta, y vió entrar á Musaron seguido del príncipe, embozado como él en su capa, y como él con la espada en la mano.

En muy pocas palabras se puso el príncipe al corriente de la situación, puesto que Agenor le había contado sin restricción alguna sus anteriores relaciones con la bella mora, y los furiosos celos de Mothril.

—Es preciso, dijo el príncipe, que procureis hablar á esa muger, porque por ella sabremos mas que por todos los espías del mundo. Una muger á quien se retiene en la esclavitud, domina frecuentemente á

su déspota.

— Sí, sí, exclamó Mauleon, que se abrasaba de impaciencia por ver á Aïssa; vedme aquí dispuesto ya á obedecer las órdenes de vuestra alteza.

— ¿Estais seguro de haberla oido?

— Lo mismo que os oigo á vos, señor. La voz venia de allí, aun está vibrando en mis oidos de tal modo que acertaria á seguirla en medio de las tinieblas del infierno.

— Está bien, pero la dificultad está en penetrar en esa casa, sin que caigamos en manos de alguna tropa armada.

— Sin que caigamos? decis.

— ¿Quien lo duda? yo voy á acompañaros, pero me quedaré de centinela, mientras hablais con toda libertad á vuestra querida.

— Entonces, señor, ya no puede haber temor de ningun género. Dos campeones como nosotros, valen por diez cristianos y por veinte

moros.

—Sí, pero si armamos escándalo y matamos á alguien nos veremos mañana en la precision de abandonar el campo, sacrificando á una loca fanfarronada el éxito de un negocio asaz importante. Seamos prudentes, caballero. Ved á vuestro ídolo; pero que sea con las necesarias precauciones. Tened cuidado sobre todo de no perder la daga en los jardines ó en la habitacion de un padre ó de un marido celoso. Yo lamento la pérdida de la muger á quien mas he amado, por haber dejado caer mi puñal en la cámara de don Gutierre.

—Sí, prudencia! prudencia! murmuró Musarón.

—Sí, pero acaso por demasiada prudencia, lo perdamos todos.

—Tranquilizaos, dijo Enrique: esta será, bajo mi palabra de príncipe, la primera confiscacion que haga á los moros, si llego á sentarme

en el trono de Castilla. Mientras tanto procuremos alcanzar ese trono.

—Espero las órdenes de V. A., dijo Mauleon, pudiendo reprimir apenas su impaciencia.

—Bien, bien, dijo Enrique, veo que sois un soldado disciplinado, y no perderemos nada porque os háyais sometido á mi obediencia. Somos capitanes, y debemos como tales saber reconocer el punto mas débil de una plaza. Bajemos al jardin, examinaremos los muros, y cuando encontremos un sitio apropósito para escalarlos, los escaltaremos.

—Eh! señor, dijo Musaron, no creo que sea eso muy difícil, porque acabo de ver una escala en el patio. En cuanto al sitio, todos son buenos, pero hay la contra de que detras del muro hay moros con cimitarras, y bosque de picas. Ya sabe mi señor que soy valiente, pero cuando se trata de la vida de un príncipe tan ilustre, y de tan ilustre

caballero...

—Habla solamente del príncipe, dijo Agenor.

—Me agrada este buen escudero, pensó Enrique; es muy prudente, y podrá servirnos muy bien para la retaguardia.

Después alzando la voz:

—Pedraja, continuó llamando á su escudero que le esperaba á la puerta; estás armado?

—Sí señor, contestó aquel á quien se habia dirigido esta pregunta.

—Entonces, síguenos.

Musaron comprendió que nada tenia que replicar. Todo cuanto pudo conseguir fue el que salieran por la puerta y que bajaran por la escalera en lugar de bajar por la ventana. Por lo demás, una vez tomado su partido, se dirigió con arrojo á su objeto. Habia efectivamente en el patio una escala, que arrimó contra la tapia. El príncipe quiso pasar el

primero, siguióle Agenor, despues Pedraja, y Musaron pasó el último tirando en seguida la escala al otro lado de la tapia.

—Quédate guardando esa escala, le dijo el príncipe, porque tu modo de hablar me ha inspirado confianza.

Musaron se sentó en el último escalon. Pedraja fué á emboscarse veinte pasos mas allá; Enrique y Agenor continuaron avanzando entre las sombras de los árboles, que los ocultaban á las miradas de los que pudiesen estar colocados en la luz.

Bien pronto se encontraron tan cerca de la casa, que á falta del sonido de la guzla que habia cesado, oian los suspiros de la tañedora.

—Príncipe, dijo Agenor, que no podia ya contener por mas tiempo su impaciencia, esperadme en esas madre-selvas: ante de diez minutos habré hablado á la mora, y sabré lo que su padre ha venido á hacer á Burdeos. Si me ataca no compro-

metais vuestra existencia y apode-
raos de la escala. Yo os lo adverti-
ré por medio de este grito: al muro!

—Si sois atacado, caballero, di-
jo Enrique acordaos de que esceptuan-
do al Rey don Pedro mi hermano,
y Duguesclin mi maestro, hay muy
pocos que manejen el estoque como
yo. Entonces, caballero, os conven-
cereis de que no es una vana jac-
tancia lo que acabo de deciros.

Agenor dió las gracias al prínci-
pe que desapareció entre las sombras
á donde los ojos del caballero le bus-
caron en vano: éste continuó mar-
chando hácia la casa; pero entre es-
ta y el bosque habia que atravesar
un espacio raso alumbrado por la
luna. Agenor vaciló un momento an-
tes de provocar la luz por decirlo
así; á pesar de todo iba á aventu-
rarse á atravesarlo cuando por una
puerta lateral de la casa que se abrió
rechinando, salieron tres hombres
que hablaban en voz baja.

El que debía pasar mas inmediato á Agenor , que se habia quedado mudo é inmóvil bajo la sombra de un plátano , era Mothril á quien podia reconocerse fácilmente por su albornoz ; el de en medio era un caballero cubierto con una armadura negra , y el último que debía pasar mas cerca de don Enrique era un señor vestido con un rico trage castellano , y cubierto con una capa de púrpura.

—Señor , dijo riéndose el último al caballero negro, no os incomodeis con Mothril porque rehuse dejaros ver esta noche á su hija. Seis semanas hace que viajo con él noche y dia , y apenas ha consentido en que la vea un momento.

El caballero negro contestó , pero Agenor no se ocupó de oír su respuesta: lo que deseaba saber , lo que ya sabia , era que Aïssa estaba sola. Al oír la voz de su padre se habia levantado , y curiosa como to-

das las de su sexo sacó la cabeza fuera de la ventana para seguir con la vista á los tres paseantes misteriosos.

El caballero se colocó en dos brinco**s** bajo esta ventana que tendria unos veinte pies de elevacion.

—Aïssa , le dijo , me conoces ?

Por dueña que fuese de sí misma, no pudo esta menos de retroceder un poco , y de dejar escapar un pequeño grito. Pero reconociendo, casi al mismo tiempo , al que siempre tenia en su pensamiento, le tendió sus brazos preguntando á su vez.—Eres tu, Agenor ?

—Sí, yo soy , amor mio. Pero cómo podré llegar hasta tí , á quien encuentro de un modo tan milagroso ? tienes una escala de seda ?

—No , pero la tendré mañana; mi padre irá á pasar la noche al palacio del príncipe: Vuelve , mañana, y ve con cuidado esta noche , porque están por estos alrededores.

—¿Quién? preguntó Agenor.

—Mi padre, el príncipe negro, y el Rey.

—¿Qué Rey?

—El Rey don Pedro.

Agenor pensó en Enrique que tal vez iba á hallarse frente á frente con su hermano.

—Hasta mañana, dijo, lanzándose hácia los árboles entre los que desapareció bien pronto.

Agenor no se engañaba sino á medias.

Los tres paseantes se habian dirigido hácia el sitio donde Enrique estaba oculto. El príncipe reconoció á Mothril.

—Señor, decia este á la sazón en que el príncipe podia ya oír su voz; V. A. hace muy mal en venir tantas veces á ver á Aïssa. El noble hijo del Rey de Inglaterra, el glorioso príncipe de Gales, no ha venido á esta casa para ver una pobre niña africana, sino para decidir con

vos cerca del destino de un gran reino.

Enrique, que habia avanzado el cuerpo un poco para oír, mejor se retiró hácia atrás.

—El príncipe de Gales! murmuró con indecible sorpresa, examinando curiosamente aquella armadura negra tan conocida en Europa después de las sangrientas batallas de Crecy y de Poitiers.

—Mañana, dijo el Príncipe, os recibiré en mi casa, y antes de separarnos quedará todo arreglado, como lo espero, y podrá darse publicidad á este asunto. Hoy debia conformarme con los deseos de mi real huésped, y no despertar la curiosidad de los cortesanos; debia en fin, antes de concluir nada, conocer á punto fijo las intenciones de S. A. el Rey don Pedro de Castilla.

Al pronunciar estas palabras inclinóse cortesmente el príncipe negro

hacia el caballero de la capa de púrpura.

La frente de Enrique manaba sudor; pero otra cosa fue cuando una voz que le era bastante conocida pronunció estas palabras:

—Yo no soy el Rey de Castilla, señor, sino un pretendiente que se vé obligado á buscar socorros lejos de su reyno, porque mis mas crueles enemigos pertenecen á mi familia: de tres hermanos que tenia, el uno conspiraba contra mi honor, los otros dos contra mi vida. El que queria mancillar mi honor, ha muerto: quedan Enrique y Tello. Tello se halla en Aragon levantando un ejército en contra mia: Enrique está en Francia con el Rey Carlos, lisongeadó con la esperanza de conquistar mi reyno; de suerte que la Francia, aniquilada por vuestras victorias, pueda reunir en Castilla despues nuevas fuerzas con que combatirós. He creído por tanto, que debe convenir á vues-

tra política continuar prestando socorros de hombres y de dinero á un monarca cuya legitimidad nadie pone en duda. Espero que V. A. me responda para saber si debo dar por perdida mi causa.

—No debeis desesperar, señor, porque asi como lo decís, vuestra causa es legítima. Pero aun cuando soy virey de la Guyena, no he querido cargar solo con el peso de mi vireynato, y he pedido á mi padre un consejo de hombres sabios que me ha sido acordado, y al cual tengo precision de consultar. Pero vivid persuadido de que si el parecer de la mayoría está acorde con el mio, y cede á la inclinacion que tengo yo de agradaros, jamás aliado mas fiel, y aun me atrevo á decir mas energético, habrá combatido bajo vuestras banderas. Mañana os daré en mi palacio una respuesta mas esplicita. Permaneced oculto entre tanto, porque el buen éxito depende del secreto.

— Oh! tranquilizaos; nadie nos conoce aquí.

— Y esta casa es segura, dijo el príncipe; y tan segura añadió riéndose, que es bastante para calmar los temores de Mothril respecto á su hija.

El moro pronunció algunas palabras que no pudo oír Enrique, porque los tres paseantes iban ya alejándose de él. Por otra parte dominábale un solo pensamiento ardiente, loco, casi invencible, desde que habia llegado á sus oídos el metal de aquella maldita voz: allí á dos pasos estaba su mortal enemigo, el espectro que se levantaba entre él y el objeto que queria alcanzar; allí se encontraba al alcance de su espada el hombre sediento de su sangre, y de cuya sangre se hubiera tambien saciado él: un solo golpe dirigido por el ódio que le profesaba terminaba la guerra y decidia todas las dudas. Esta idea hacía saltar el co-

razon del príncipe , y empujaba su brazo hácia su enemigo.

Pero Enrique no era de esos hombres que ceden á su primer sentimiento , y eso que este sentimiento le fue inspirado por un ódio mortal.

—No , no , dijo ; le mataria y nada mas , y eso no me basta: quiero ser su sucesor. Le mataría , pero el príncipe de Gales querria vengar la muerte de su huesped , y me haria perecer ignominiosamente ó me encerraria en una prision perpetua. . . Sí , continuó Enrique despues de un momento de silencio ; pero tambien podria ponerme en salvo ; y Tello que está allá , pensó sonriéndose de haber echado en olvido á uno de sus hermanos , aunque era aliado suyo , Tello á quien encontraria talvez sentado en el trono.... Vamos tendria que principiar de nuevo.

Esta consideracion detuvo el brazo de Enrique , que volvió á dejar en

la vaina la espada que casi habia sacado de ella.

Los espíritus de las tinieblas debieron reirse mucho de su infernal hermana la ambicion, que por la primera vez apartaba el puñal de la mano de un ambicioso.

En este momento fue cuando habiéndose alejado los paseantes, pronunció el moro las palabras que el príncipe no comprendió.

Al mismo tiempo se incorporó Agenor á él: el uno estaba triste y el otro alegre; el uno acababa de olvidar la guerra, las intrigas, los príncipes y el mundo entero; el otro magullaba las mallas de sus guantes de hierro, figurándose haber hecho ya polvo á sus enemigos, y que subia las gradas del trono de Castilla.

CAPITULO V.

El sabueso.

El secreto del viaje de Mothril á Burdeos estaba ya explicado , y Aïssa nada podia añadir sobre el particular al caballero ; pero quedábanles en cambio mil cosas importantes que decirse ; eran estas las miles confiancias amorosas siempre nuevas para los enamorados, y que en efecto lo eran tanto mas para Agenor y Aïssa , quanto que jamás habian tenido ocasion de hacérselas á su gusto.

El príncipe Enrique de Trastámara, por otra parte, conocia los planes de su hermano tan perfectamente, como si se los hubiesen comunicado, y presumia cuál habia de ser la respuesta del príncipe de Gales, como si hubiera asistido al consejo que habia de celebrarse al dia siguiente. Convencido de que don Pedro obtendría el apoyo de los ingleses, no podia tomar otro partido que el de salir de Burdeos antes de que se jurara la alianza entre ellos, porque en este caso, se hallaba muy espuesto á ser hecho prisionero de guerra, si llegaba á ser reconocido, y á que don Pedro, para concluir de una vez la contienda, recurriese al medio espeditivo que por un cálculo ambicioso no habia querido él poner en ejecucion contra su hermano.

Cuando el Príncipe y el caballero se hubieron comunicado sus pensamientos, cuando consultando el uno la prudencia del otro, convinieron

en el partido mas prudente que debian tomar, es decir, cuando Agenor alcanzó que Enrique marchase inmediatamente á Aragon para recibir las primeras compañías que enviase el condestable, el príncipe pensó á su vez en los asuntos privados de su jóven compañero.

—Y vuestros amores? le dijo.

—Señor respondió Agenor; no quiero ocultaros que pienso en ellos con amarga tristeza; porque tener á diez pasos de distancia la ventura en la que tanto tiempo he soñado, y en pos de la cual he corrido inútilmente toda mi vida, y...

—Y bien! dijo el príncipe; quién os impide, á vos, que no teneis un hermano á quien combatir, ni un trono que conquistar, que gustéis de esa felicidad al paso?

—Pues qué, no partís ya, príncipe mio? preguntó Agenor.

—Sí, parto, respondió Enrique; porque por tierna que sea la amistad

que mi corazón siente hácia vos, querido Agenor, no puede ponerse en balanza, como vos mismo comprendéis muy bien, con los intereses de una fortuna régia, y con la felicidad de todo un pueblo. Si se tratase de vuestra existencia, continuó, oh! entonces sería otra cosa, porque á vuestra existencia sacrificaría yo mi fortuna y mi ambicion.

Y los ojos penetrantes del príncipe se fijaban en la clara y limpia mirada del jóven francés, solicitando una muestra de su reconocimiento.

—Pero, añadió Enrique, á lo que no sacrificaría mi corona sería á la loca pasion, permitidme que os lo diga, que sentis por la hija del traidor Mothril.

—Lo sé, señor, y hubiera sido un insensato si hubiera concebido esa esperanza. —Adios, pobre Aïssa, adios.....

Y miraba desde su ventana con

tanta tristeza hacía el pabellon oculto entre los sicomoros , que el príncipe no pudo menos de sonreirse.

—Amante venturoso! murmuró mientras su frente se oscurecia; vive con ese dulce pensamiento , que florece en su corazon incesantemente , y que perfuma su existencia. Ay! Tambien yo he experimentado ese tormento delicioso , que hace vibrar en el fondo del alma los generosos sentimientos de la juventud.

—Decís , señor , que soy feliz. exclamó Agenor , y Aïssa me aguardaba mañana! Ah! mañana debia verla y ya no la veré mas: si las esperanzas de un jóven de 22 años, frustradas en el momento mismo de realizarse , constituyen una desgracia , yo soy el mas desgraciado de los hombres.

—Tienes razon , Agenór , dijo el príncipe ; tú no piensas mas que en lo presente , tú no ambicionas tesoros , ni andas tras de una corona; tú

pides solo una palabra dulce, reclamas un primer beso; tu riqueza es una muger, tu trono el asiento de flores que ella debia partir mañana contigo. Oh! no pierdas, Agenor, esa noche, que será tal vez la mas hermosa perla que la juventud haya de engarzar en tu memoria.

—Pero entonces, señor, os ireis sin mí?

—Esta misma noche. Quiero salir inmediatamente del territorio inglés; ya comprenderás que es preciso que al nacer el dia me halle en pais neutral. Permaneceré tres ó cuatro dias en Navarra, en Pamplona. Procura, pues, Agenor, incorporarte á mí cuanto antes, porque me seria imposible esperarte por mas tiempo.

—¡Oh! príncipe mio! dijo Agenor, he de dejaros cuando os amenaza un peligro. No puedo consentir en ello, por mas que arriesgue ese inefable tesoro de amor, que me está espe-

rando, y que vos mismo me habiais prometido.

—No exageremos las cosas, Agenor: partiendo esta noche ningun peligro me amenaza. Así, pues, baja al florido pensil: vé; Pedraja me acompañará; ya sabes que es una buena espada, pero no por eso tardes en reunirme conmigo.

—Pero señor....

—Escucha, si amas á esa mora tanto como dices...

—Eh! señor: yo no puedo deciros cuánto la amo, porque apenas he podido hablar con ella dos palabras.

—Bastan dos palabras de nuestro hermoso idioma castellano, si se saben escoger. Decia, pues, que si amas á esa mora, obtendrás á la vez el doble triunfo de robar á su hija á Mothril, y una alma al infierno.

Estas palabras eran las de un Rey, y de un amigo. Agenor comprendió que Enrique jugaba este doble papel,

y para representar bien el suyo se arrodilló ante el príncipe; para el cual eran tan insignificante aquellos intereses que su pensamiento se habia apartado de ellos y flotaba allende los Pirineos entre las nubes que coronan la cima de la sierra de Aracena.

Convínose, pues, en que el príncipe descansaria una ó dos horas y marcharia en seguida hácia la frontera. En cuanto á Mauleon, libre, y sintiendo rota momentáneamente la cadena de oro que le sujetaba, ya no vivia sobre la tierra; sino que creia gozar de la dicha inefable que se goza en el cielo.

El sueño de los enamorados es si no profundo, de bastante duracion al menos, porque está lleno de ensueños que se suceden unos á otros, y que tienen tanta semejanza con la felicidad, que sienten infinito el despertarse. Así, pues, cuando Agenor abrió los ojos, el sol se hallaba á bastante altura en el horizonte. Al

punto llamó á Musaron, y supo de este que el príncipe habia montado á caballo á las cuatro de la madrugada, y se habia alejado de Burdeos con la rapidez de un hombre que conoce lo peligroso de su situacion.

—Está bien, dijo luego que oyó la relacion que hizo su escudero, adornada de los comentarios que aquel insertó de su propia cosecha; está bien, Musaron. En cuanto á nosotros permaneceremos esta noche y mañana tal vez en Burdeos; pero durante este tiempo es preciso que no salgamos, y que no nos dejemos ver de persona alguna: de este modo podemos estar mejor dispuestos para el momento de partir, que puede llegar de un instante á otro. Procura por tu parte, amigo mio, cuidar bien de los caballos, para que podamos alcanzar al príncipe, caminando si fuere necesario á marchas dobles.

—Oh! Oh! dijo Musaron, que

como sabemos ya , solia tomarse algunas confianzas con el jóven caballero , sobre todo cuando este se hallaba de buen humor ; por lo visto vamos á ocuparnos de otra cosa que de asuntos políticos. Si supiese de lo que se trata, tal vez podria ayudarnos.

—Ya lo sabrás á media noche, Musaron ; ahora únicamente exijo que te quedes aquí , y que permanezcas oculto.

Pagado Musaron de la alta confianza que tenia en sus propios recursos , almohazó los caballos , dióles pienso doble y esperó que sonára media noche , sin atreverse á asomar la nariz á una ventana.

No le sucedia así á Agenor , que con los ojos pegados á las persianas no perdia un momento de vista la casa vecina.

Pero ya lo hemos dicho ; Agenor se habia levantado tarde , y como Musaron por su parte habia hecho lo

mismo á causa de haberse acostado mas tarde que su amo , ni uno ni otro tuvieron ocasion de ver á un hombre que habia estado desde el amanecer en el jardin que pertenecia á la habitacion de don Pedro , y que inclinado hácia el suelo habia examinado con visible ansiedad las huellas impresas en la tierra fresca del jardin , y las ramas tronchadas de los plátanos que rodeaban la habitacion de Aïssa.

Este hombre embozado en una gran capa, era el moro Mothril, que, con la sagacida peculiar á los de su raza, comparaba aquellas diferentes huellas , las interpretaba y las seguia, como sigue el sabueso una pista, de la que nadie en el mundo es capaz de hacerle apartar los ojos.

—Sí , decia el moro con la mirada ardiente y la nariz dilatada ; sí, estas son mis pisadas, las reconozco por la forma de mis babuchas. Aquí están las del principe de Gales, im-

presas mas profundamente á causa de sus botas de hierro, y el peso de su armadura. Estas son en fin las de don Pedro; apenas se distinguen porque tiene el andar ligero como el de una gacela. Estas son las nuestras; pero estas otras... estas otras... no las conozco.

Y Mothril iba y venia desde las madre selvas hasta el sitio que Mauleon habia estado oculto.

—Aquí, decia entre dientes, se ven mas profundas, impacientes y variadas. De donde venian, á donde iban? hácia la casa... sí, aquí están, y llegan precisamente hasta la misma pared de ella. Aquí son mas profundas; y el que esperaba ha debido alzarse sobre las puntas de los pies, sin duda para alcanzar al balcon. No tengo duda que es algun amante de Aïssa; pero estaria ésta de acuerdo con él? Esto es lo que debo averiguar. Y el moro, inclinado sobre esta huella, la examinaba con grande inquietud.

Despues de un momento, continuó:

—Esta huella es la de un hombre que va calzado segun la moda de los caballeros franceses: hé aquí el surco que ha hecho la espuela; veamos, pues, de donde viene.

Y siguiendo Mothril dichas huellas llegó hasta las madre selvas, desde donde principiaron de nuevo sus investigaciones.

—Hola! aquí ha estado detenido otro, porque la huella no es la misma: este vendria sin duda por nosotros, y su compañero por Aïssa. Precisamente ha debido escucharnos porque hemos pasado junto á él. De qué hablabamos cuando pasamos por aquí?

Y Mothril procuró recordar las palabras que él y sus compañeros habian pronunciado en aquel sitio.

Pero como no era la política lo que mas preocupaba su ánimo, volvió á emprender con afan el exámen de las pisadas.

Entonces descubrió el rastro de

pasos que llegaban hasta el muro. Tres hombres habian descendido: el uno habia llegado hasta la higuera, en donde debia haberse escondido, porque las ramas inferiores de aquel árbol estaban quebradas. Este podia ser un simple centinela.

El otro que habia llegado hasta las madreselvas, debia ser un espía.

El tercero, finalmente, habia avanzado hasta los plátanos, donde se detuvo un momento, y desde allí se habia acercado al pabellon de Aïssa; este, á no dudarlo, debia de ser un amante.

Mothril continuó siguiendo las huellas, y se encontró al pie de la muralla que separaba la casa de Ernauton de Santa Coloma del pabellon vendido al príncipes de Gales. Desde este momento principió á verlo todo claro, y tan patente como si leyese en un libro.

El un extremo de la escala habia hecho en la tierra dos agujeros,

y el otro habia deteriorado el rodri-
gon del muro.

—Todo viene de ahí, dijo el moro.

Entonces se subió á su vez sobre el rodri-
gon, y lanzó una mirada in-
vestigadora al jardin de Santa Co-
loma; pero todavía era muy de ma-
ñana, y Agenor y Musaron como he-
mos dicho durmieron hasta bien tarde;
de suerte que Mothril no pudo ver
absolutamente otra cosa que nuevas
huellas que se estendian hasta la en-
trada de la casa.

—Estaré alerta, dijo.

Durante el dia tomó informes de
la vencidad; pero los criados de Er-
nauton eran discretos; por otra par-
te no conocian á Enrique de Trasta-
mara, y era la primera vez que veian
á Agenor: poca cosa podian decir,
por lo tanto, al espía del moro, y
al mismo Mothril, que hubo de con-
tentarse con la respuesta de «nues-
tro huésped es el ahijado del señor
Ernauton de Santa Coloma.»

Llegó la noche.

El príncipe de Gales esperaba en su palacio al Rey don Pedro, acompañado de su fiel embajador. Mothril fue puntual á la hora convenida para la visita; y acompañando al príncipe entró en el consejo como hombre á quien no distraen los cuidados domésticos del cumplimiento de sus deberes.

Mauleon por su parte que habia espiado la salida del moro, y que sabia que Aïssa estaba sola, tomó la espada como lo habia hecho la víspera, ordenó á su escudero que tuviese prontos los caballos en el patio de Ernauton, y apoderándose de la escala que apoyó en la muralla en el sitio mismo que la víspera, bajó sin accidente alguno al jardin del príncipe de Gales.

Era una noche igual á esas hermosas noches del Oriente, muy parecida á la que le habia precedido y probablemente tambien á la que iba á su-

cederle despues; es decir, que era una noche llena de perfumes misterios.

Nada turbaba la serenidad del corazón de Agenor, como no fuese la intensidad misma de su alegría, porque lo que suele llamarse presentimientos, no es á veces mas que un exceso de felicidad, que nos hace temblar, por la fragilidad de la dicha que acaba de alcanzar, y que tan fácilmente puede desaparecer. Ninguno que no sienta inquietudes es completamente feliz y pocos son los amantes, por valerosos que sean, que al asistir á una cita de su querida, dejan de experimentar algun ligero sentimiento de temor.

Por su parte Aïssa furiosa de amor, como las bellas encantadoras de los ardientes climas en que habia nacido, pensó durante el dia en la noche precedente, que le parecia un sueño, y en la que esperaba, y le parecia la mas suave espresion de de-

leite: de rodillas cerca de la ventana abierta, aspirando la brisa de la noche y el perfume de las flores, absorbiendo todas las sensaciones simpáticas que le anunciaban la presencia de su amante, no vivía mas que para ese hombre que todavía no había llegado, al que no veía ni oía, pero cuya figura se le representaba en la sombra misteriosa, y en el silencio sublime de la noche.

Oyóse de repente un ruido producido por el roce de las hojas: reclinóse, ruborizada de placer, sobre las flores que tapizaban su balcon. Aproximábase el ruido; un paso tímido que hollaba las plantas, un paso incierto y cortado le advirtió que se aproximaba el amado de su corazón.

Mauleon apareció en aquella banda de argenteada luz, que derramaba la luna sobre el raso que había entre el matorral y la casa.

Al punto la bella mora que no esperaba ya mas que esta aparición, li-

gera como una golondrina fijó una escala de seda en el balcon de piedra y dejándose escurrir por ella sobre la arena, fué á caer en los brazos de Agenor; y rodeando su cuello con sus dulcísimas manos le dijo:

—Héme aquí, ya ves que te esperaba.

Y Mauleon embriagado de amor, turbado por un dulce estremecimiento, sintió sus labios cautivos bajo la presion de un ardoroso beso.

CAPITULO VI.

AMOR.

Pero si Mauleon no podia hablar, podia obrar al menos. Asi fue que condujo rápidamente á Aïssa hácia el sitio donde estaban las madre selvas, y que el dia anterior habia servido de escondite á don Enrique de Trastamara, y sentando á la bella mora en un banco de césped, cayó de hinojos á sus pies.

—Te esperaba, repitió Aïssa.

—Acaso me he hecho esperar?

preguntó Agenor.

—Sí, respondió la jóven; porque te aguardaba no solo desde ayer, sino desde el instante mismo en que te ví.

Me amas segun eso? exclamó Agenor en el colmo de la dicha.

—Sí; te amo; dijo la jóven: y tú? me amas tú?

—Oh! sí, sí; te amo, contestó el jóven.

—Yo te amo porque eres valiente, dijo Aïssa; y tú, por qué me amas?

Ah! porque eres hermosa, replicó Agenor.

—Es verdad, tú no conoces de mí otra cosa que el semblante, mientras que yo he procurado que me cuenten tus brillantes hechos.

—Sabrás entonces que soy enemigo de tu padre?

—Sí.

—Y que no solo somos enemigos, sino que nos hemos declarado una guerra á muerte.

—Tampoco ignoraba eso.

—Y no me aborreces á pesar de mi odio á Mothril ?

—Yo te amo.

—Tienes razon: Yo aborrezco á ese hombre porque ha conducido á don Federico, mi hermano de armas, á la muerte; le odio porque ha asesinado á la desgraciada Blanca de Borbon; y lo aborrezco, en fin, porque te guarda no como á una hija, sino como á una querida; eres efectivamente hija suya, Aïssa ?

—Escucha: nada sé de fijo; recuerdo que un dia, siendo muy niña aun, me desperté de un profundo sueño, y que al abrir los ojos el primer semblante que ví fue el de ese hombre; llamóme hija suya y yo le llamé mi padre; pero: Agenor yo no le amo; le tengo miedo.

—Es malo y severo contigo ?

—Al contrario; una Reyna no estaria mejor servida que yo lo estoy; mis deseos son órdenes; no tengo mas

que hacer una señal, y soy obedecida; su pensamiento no parece ocupado de otra cosa que de mí, y en mí, también parece, que ha fundado las esperanzas de su porvenir: ignoro cuáles son sus proyectos respecto á mí: pero su sombría y celosa ternura me espanta muchas veces.

—De modo que no le amas como una hija debe amar á su padre?

—Le tengo miedo, Agenor. Escucha; algunas noches entra en mi estancia, pálido como una sombra, y me estremezco; se acerca á mi lecho donde descauso, y su paso es tan ligero que no es óido jamás por mis doncellas sobre la alfombra, por entre las cuales pasa como si sus pies no tocaran al suelo: sin embargo, yo no duermo y al través de mis párpados que vacilan de terror, veo su espantosa sonrisa: se aproxima y se inclina sobre mi lecho. Su aliento me quema la cara, y el beso, que es á la vez de padre y de amante,

beso con que cree proteger mi sueño, deja en mi frente ó en mis labios, una impresion dolorosa, como la que pudiera producir el contacto de un hierro candente: hé aquí las visiones que me asedian, visiones llenas de realidad: hé aquí los temores con que me duermo cada noche, y sin embargo, creo oír una voz misteriosa que me dice, que no debo temblar, porque, te lo repito, Agenor; dormida ó despierta ejerzo sobre él un extraordinario imperio: frecuentemente le he visto estremecerse cuando yo he fruncido el ceño, y jamás su mirada tan fiera y penetrante ha podido sostener el fuego de la mia. Pero, por qué me hablas de Mothril? mi valiente caballero; tú no puedes tener miedo de él, pues no lo tienes de nadie.

—No, seguramente; y si le temo es únicamente por tí.

—Ah! si temes por mí, es porque me amas, dijo con seductora

sonrisa.

—Aïssa ; yo no he amado jamás á ninguna muger de mi pais , donde sin embargo , las hay muy hermosas , y mas de una vez me he asombrado de esta indiferencia ; pero ahora conozco la causa. Era sin duda porque el tesoro de cariño que encierra mi corazon te pertenece entero. Me preguntas , si te amo , Aïssa ; escucha , y juzga de mi amor. Prescríbeme que abandone por tí cuanto aprecio en el mundo , y todo , esceptuando el honor , te lo sacrificaré gustoso.

—Yo haré mas aun , repuso la jóven , con una celestial sonrisa ; porque yo te sacrificaré mi Dios y mi honor.

Agènor no conocia hasta entonces esa ardiente poesia de la pasion oriental , pero la comprendió perfectamente con solo mirar la sonrisa de Aïssa.

—No , dijo enlazándola con sus bra-

zos, no quiero que me sacrifiques tu Dios y tu honor, hasta que mi vida te pertenezca exclusivamente. En mi país, Aïssa, las mugeres amadas llegan á ser unas amigas á cuyo lado se vive, y muere, y que despues de recibir nuestra fe estan seguras de no ser abandonadas en el fondo de un harem para servir á las nuevas queridas del señor á quien amaron. Hazte cristiana, Aïssa, abandona á Mothril, y serás mi esposa.

—Iba á rogarte eso mismo, dijo la jóven.

Agenor se levantó, y suspendiendo entre sus vigorosos brazos á Aïssa, cuyo corazon sentia latir contra el suyo, y cuyos cabellos suaves y perfumados acariciaban sus mejillas, ebrio de placer, y abrasado de amor se lanzó hácia el sitio de la muralla donde habia dejado la escala.

En efecto, aquella dulce carga embarazaba muy poco al jóven, que atravesó con la rapidez de una flecha las

calles de árboles y las alamedas del jardín.

Ya apercibía el muro, casi oculto entre la espesura, cuando Aïssa mas ligera que una culebra, se deslizó repentinamente de los brazos de Agenor, rozando con todo su cuerpo el cuerpo de su amante.

Detúvose Mauleon, y vió la mora acurrucada á sus pies, tendiendo la mano en direccion á la muralla.

—Mira! le dijo.

Y Mauleon siguiendo la direccion que se le indicaba, vió una figura blanca agachada detrás de los primeros escalones.

—Oh! oh! pensó Agenor; será Musaron que habrá temido por mi seguridad, y está de vigilante? No, no; añadió moviendo la cabeza; Musaron es demasiado prudente para esponerse por custodiarme á recibir una estocada.

La sombra se puso en pie, y se vió salir de su cintura un azulado reflejo.

—Mothril! gritó Aïssa.

Vuelto en sí Agenor por esta terrible palabra, echó mano á la espada.

Indudablemente no habia percibido aun el moro á la jóven, ó mejor dicho no la habia reconocido en el extraño grupo que formaban el cristiano llevándose á la mora. Pero cuando oyó el grito de la jóven, cuando su alta y esbelta talla se destacó de la sombra, dió á su vez un espantoso grito, y ciego de rabia se lanzó contra Agenor.

Pero el amor anduvo mas ligero que el ódio: con un movimiento tan rápido como el pensamiento hizo caer Aïssa la visera del casco sobre la cara del caballero, y el moro se encontró frente de una estatua de hierro, estrechada por los brazos de su hija.

Mothril se detuvo.

—Aïssa! murmuró abatido y dejando caer los brazos.

—Sí, Aïssa, dijo la jóven con una energia tan extraordinaria, que aumentó el amor del caballero, é hizo estremecer al mero; quieres matarme? pues hiere! en cuanto á este, bien sabes que no tiene miedo.

Y designaba con el gesto á Agenor.

—Mothril estendió la mano para cojerla; pero ella entonces retrocedió un paso, y dejó en descubirto á Agenor en pie, inmóvil y con la espada en la mano. Miróle Mothril y brilló en sus ojos un rayo de odio tan violento, que Maulcon levantó su espada.

Pero á su vez sintió tambien el brazo de Aïssa que retenia el suyo.

—No, dijo esta; no le hieras en mi presencia: tú eres fuerte, estás armado y eres invulnerables; pasa delante de él y márchate

—Ah! dijo Mothril echando por tierra la escala de un puntapié; eres fuerte, estás armado, y eres invul-

nerable ? ahora lo veremos.

Y haciendo oír un agudo silvido, se presentaron al punto una docena de moros armados de hachas y cimitarras.

—Ah ! perros descreidos ! exclamó Agenor ; acercaos y veremos.

—Muera ese cristiano ! gritó Mothril ; muera !

—Nada temas , dijo Aïssa.

—Y con firme y tranquilo paso, se colocó entre el caballero y sus adversarios

—Mothril ! dijo la jóven: yo quiero , lo entendeis ? yo quiero que salga de aqui ese jóven sano y salvo. Desgraciado de tí si llega á faltarle un solo cabello de su cabeza !

—Luego amas á ese miserable ? exclamó Mothril.

—Lo amo ; dijo Aïssa.

—Razon de mas entonces para que muera ; heridle, dijo Mothril alzando él mismo su puñal.

Mothril ! exclamó la jóven frun-

eiendo el ceño, y lanzándole una furiosa mirada; no has oído lo que he dicho? es preciso que repita por segunda vez que quiero que ese jóven salga de aquí al instante mismo?

—Matadle; repitió furioso Mothril.

Agenor hizo un movimiento para ponerse en defensa.

—Espera, le dijo Aïssa; vas á ver como el tigre se convierte en cordero.

Al decir estas palabras sacó de su cintura un fino y acerado puñal, y descubriendo su hermoso seno, dorado como las granadas de Valencia, apoyó la aguda punta sobre la carne, que cedió á aquella peligrosa presion.

El moro prorrumpió en un grito angustioso.

—Escucha, dijo la jóven: Por el Dios de los árabes, de quien yo reniego; por el Dios de los cristianos, que de aquí en adelante será mi Dios, te juro que si sucede á este jóven la

mas pequeña desgracia , me doy muerte á tu presencia.

—Piedad ! Aïssa ; ten piedad de mí : me voy á volver loco.

—Arroja, pues, tu puñal , dijo la jóven.

El moro obedeció.

—Ordena á tus esclavos que se alejen.

Mothril hizo una señal , y los esclavos se alejaron.

Aïssa lanzó entonces una larga mirada en torno suyo , como una Reyna que quiere asegurarse si ha sido obedecida.

En seguida fijando sobre el jóven sus ojos húmedos de ternura y enardecidos de deseos , le dijo en voz baja.

Ven , Agenor , ven para decirte adios.

—Pues qué no vas á seguirme ? preguntó Agenor en el mismo tono de voz.

—No ; porque él antes que per-

derme preferiria matarme: me quedo para que podamos salvarnos.

—Pero me amarás siempre? preguntó Mauleon.

—Ves esa estrella? dijo Aïssa señalando al jóven la mas resplandeciente de las constelaciones que brillaban en el firmamento.

—Oh! la veo, dijo Agenor.

—Pues bien, respondió Aïssa; mas fácil es que ella se estinga en el cielo, que el amor en mi corazón. Adios!

Y alzando la visera del casco de su amante estampó en sus labios un ardiente y prolongado beso, mientras que el moro se mordía las manos de rabia.

—Ahora, parte, dijo Aïssa al caballero, pero no dejes de estar pronto á cuanto pueda ocurrir.

Y colocándose al pie de la escala, que Agenor acababa de arrimar al muro, se sonrió mirando á su amante, y tendiendo la mano hácia Mo-

thrill, como los domadores de tigres, que obligan con un gesto á acostarse á la fiera, que al parecer, iba á devorarla.

—Adios! dijo Agenor, por última vez; acuérdate de tu promesa.

—Adios, hasta otra vez! repuso la bella mora; descuida, yo la cumpliré.

Agenor envió el último beso á la jóven; y saltó al otro lado del muro.

Un rugido del moro, acompañó en su retirada á la presa que se le iba de entre las manos.

Ahora, dijo Aïssa á Mothril, espero que no me darás lugar á creer que me vigilas muy de cerca, ni me harás sospechar que me tratas como una esclava; porque, ya lo sabes, tengo el medio de emanciparme. Y puesto que se hace tarde, padre mio, entremos en casa.

—Mothril la dejó tomar el camino del pabellon indolente y pensativa; alzó del suelo su largo puñal,

y pasándose una mano por la frente, murmuró:

—Dentro de algunos meses, niña, dentro de algunos días tal vez, no conseguirás domar así á Mothril.

En el momento mismo en que la jóven ponía la planta sobre el umbral de la puerta, Mothril sintió pasos á corta distancia.

—Entra pronto, Aïssa, le dijo; porque viene el Rey.

La jóven entró y cerró tras sí la puerta, sin darse por eso mas prisa que si no lo hubiese oido. Mothril la vió desaparecer; un instante despues se hallaba el Rey á su lado.

—Y bien, dijo el Rey; victoria! amigo Mothril, hemos triunfado: pero, por qué has abandonado el consejo en el momento en que iba á deliberar?

—Porque, respondió Mothril, yo pensaba que un pobre esclavo moro, no debia estar entre tantos príncipes cristianos.

—Mientes, Mothril, dijo don Pe-

dro: estabas inquieto por tu hija, y te has vuelto para vigilarla.

—Eh! señor, dijo Mothril sonriendo, cualquiera diria, por mi honor, que pensais en ella mas que yo.

Y ambos entraron en la casa, pero no sin que don Pedro dirigiese primero una curiosa mirada á la ventana del pabellon, detrás de la cual se dibujaba una sombra de muger.

CAPITULO VII.

En el que se ve que mosen Beltran Dugesclin era tan buen aritmetico como gran general.

Mientras que el príncipe Enrique de Trastámara, y su compañero Agenor se dirigian á Burdeos, en donde les aguardaban los sucesos que acabamos de referir, Dugesclin, provisto de plenos poderes del Rey Carlos V, habia reunido los principales gefes del ejército, y les explicaba su plan de campaña.

Habia mas táctica y pericia militar de la que generalmente se cree en estos hombres de pillajes, sujetos,

como las aves de rapiña , sus semejantes , ó como los lobos sus hermanos , á poner á prueba diariamente la vigilancia , industria y resolución , que dan la superioridad á las gentes vulgares , y el génio á los hombres superiores.

—Asi , pues , comprendieron admirablemente las disposiciones generales que el héroe Breton sometió á su exámen , y que formaban ese conjunto de operaciones que pueden siempre fijarse de antemano , y de las cuales se desprenden las demás operaciones particulares que prescriben las circunstancias. Pero contra este proyecto belicoso presentaron aquellos un argumento que no tenia réplica ? El dinero !

Justo es decir que esta objecion fue unánime , y proferida á una voz.

—Efectivamente , respondió Duguesclin , ya habia pensado en ello.

Los gefes manifestaron con un sig-

no de cabeza , que les agradaba esta prevision.

—Pero añadió Duguesclin , lo tendreis despues de la primera batalla.

—Eso estaria bien si pudiésemos vivir hasta allá y no tuviésemos que dar algun socorro á nuestros soldados , replicó el caballero Verde.

—A menos , añadió Caverley , que querais permitirnos vivir sobre el pais vejando á los paisanos franceses. Pero estos diablos de paisanos gritan siempre , y sus gritos acorcharian los oidos de nuestro ilustre condestable: ademas de que para haber de seguir el pillaje , no habia necesidad de dejar nuestra plaza de aventureros , por la de honrados capitanes.

—Asi es , dijo Duguesclin.

—Y yo añadiré , repuso Claudio el Gifero , otro perillan muy digno de ahullar entre aquellos lobos , y que tenia reputacion de menos feroz

que Caverley, aunque de mas traidor, y mas astuto, yo añadiré, que, aliados como somos del señor el Rey de Francia, puesto que vamos á vengar la muerte de su cuñada, seríamos indignos de este honor, inapreciable para unos simples aventureros como nosotros, sino cesáramos, por algun tiempo al menos, de arruinar al pueblo de nuestro real aliado.

—Eso es muy juicioso y prudente, respondió Duguesclin: pero no acertareis á proponerme un medio de adquirir dinero?

—No nos toca el procurarlo, dijo Hugo de Caverley, sino el recibirlo.

—Nada hay que contestar á eso, dijo Duguesclin; y un doctor no se espresaria con mas lógica que vos, sir Hugo: pero veamos, qué es lo que pedís?

Los gefes se miraron, y sin duda se hablaron con los ojos, dando á Caverley el encargo de cuidar del in-

terés general, porque este dijo:

—Seremos razonables, señor condestable: á fé de capitán!.....

Al oír esta promesa, y este juramento, Duguesclin sintió correr un estremecimiento por sus venas.

—Hablad, dijo; ya os escucho.

—Pues bien, repuso Caverley; que S. M. el Rey Cárlos V nos dé un escudo de oro por cada soldado, hasta que entremos en país enemigo: no es mucho por cierto, pero ya que tenemos el honor de ser aliados de tan magnánimo príncipe, queremos hacer alarde de nuestra corteidad en obsequio suyo. Me parece que contamos con unos cincuenta mil soldados.

—No tanto, dijo Duguesclin.

—Poco mas ó menos.

—Algunos menos, según creo.

—No importa, dijo Caverley; puesto que nos comprometemos á hacer con la gente que tenemos lo que otros harían con los cincuenta mil. Es,

pues, exactamente como si los tuviésemos.

—Entonces son cincuenta mil escudos de oro, dijo Beltran.

—Sí, por los soldados, repuso Caverley.

—Bien! y qué, preguntó Beltran.

—Es que faltan aun los oficiales.

—Es muy justo, dijo el condestable; los habia olvidado. Veamos; cuánto pensais dar á los oficiales?

—Mi opinion es, dijo el caballero Verde, temiendo sin duda que Caverley se quedase corto, que estos oficiales que son en su mayor parte hombres prudentes y esforzados, merecen bien que se les señalen cinco escudos de oro por cabeza; tened presente que la mayor parte de ellos, tienen pages, escuderos y asistentes y tres caballos ademas.

—Cáspita! dijo Beltran; he ahí unos oficiales mejor servidos que los del Rey mi amo.

—Ese es nuestro fuerte , dijo Caverley.

—Habeis dicho , sino me engaño , cinco escudos de oro por persona ?

—Que es todo lo menos que se puede pedir por ellos ; yo iba á pedir seis , pero ya que el caballero Verde ha fijado esa cantidad , no quiero desairarlo , y me conformaré por tanto con lo que ha dicho.

Beltran miró á ambos interlocutores y se creyó de nuevo que tenia que habérselas con los judíos con quienes en mas de una ocasion habia ido de orden del Rey á negociar un empréstito.

—Malditos bribones ! pensó , haciendo aparecer en su semblante la mas graciosa sonrisa del mundo ; ¡ como os mandaria ahorcar si yo fuese el mas fuerte !

Despues añadió en voz alta:

—Acabo de reflexionar , señores , en vuestra última demanda , como

lo habeis notado bien , y no me parece una exageracion cinco escudos de oro por cada oficial.

—Ah ! ah ! exclamó el caballero Verde , sorprendido de la facilidad con que habia aceptado Duguesclin.

—Y cuántos oficiales teneis ? preguntó Mosen Beltran.

Caverley dilató sus narices , miró á sus amigos , y todos se hablaron de nuevo con los ojos.

—Yo tengo mil , dijo Caverley. Este aumentaba el doble.

—Yo cuento con ochocientos ; dijo el caballero Verde.

Tambien aumentaba el doble como su compañero.

—Yo tengo mil ; dijo Claudio Gifero.

Este triplicaba la fuerza.

—Todos los demas siguieron tan generoso ejemplo ; y el número de los oficiales , ascendió á cuatro mil.

—Es decir que teneis un oficial

para cada once soldados! dijo admirado Duguesclin. Pardiez! que ejército tan brillante! y que disciplina debe haber en él!

—Sí, dijo modestamente Caverley, no deja de hallarse en buen estado.

—Asciende, pues, la suma que ha de darse á los oficiales á veinte mil escudos; dijo Beltran.

—De oro; añadió el caballero Verde.

—Bah! por supuesto, dijo el condestable;—veinte mil escudos de oro; que unidos á los cincuenta mil convenidos, componen la cantidad de setenta mil.

—Esa es la cuenta, escudo mas ó menos, dijo el caballero Verde, que admiraba la facilidad con que sumaba el condestable.

—Pero... repuso Caverley.

Beltran no le dejó concluir la frase.

—Comprendo perfectamente, dijo

este , habíamos olvidado á los gefes , ¿ no es esto ?

Caverley abrió los ojos un palmo. Beltran , no solo habia tomado en cuenta sus objeciones , sino que aun iba mas allá de lo que él hubiera imaginado.

— Oh ! noble desinterés ! continuó Dugesclin ; pero yo no podia olvidarme de vosotros : veamos los gefes , contemos . . . sois diez , ¿ no es verdad ?

Los aventureros contaron despues de Dugesclin : bien hubieran querido encontrar entre ellos veinte ; pero no habia medio.

— Diez gefes , repitieron.

— Lo que es equivalente á . . . continuó Beltran.

Caverley , el caballero Verde , y Claudio el Gifero , se pusieron á hacer un cálculo de memoria.

— Equivalente , repuso el condestable , á tres mil escudos de oro por gefe , ó lo que es lo mismo , treinta

mil escudos , ¿ no es así ?

A estas palabras , deslumbrados , sofocados , locos de contento al ver tan extraordinaria munificencia , se levantaron los gefes y tan enorgullecidos , por la enorme suma en que habian sido valuados ; cuanto porque en virtud de esta evaluacion , habian sido considerados de un mérito tres mil veces superior al de sus soldados , sacaron sus gigantescas espadas , y arrojando al aire los cascos , exclamaron gritando , ó ahullando por mejor decir.

— Victor , victor ! gloria al buen condestable !

— Ah ! bandidos ! murmuró este bajando hipócritamente la vista , como si estas aclamaciones de los aventureros conmoviesen su corazon ; ya os conduciré yo con la ayuda de Dios , y de nuestra señora del Cármen , á un sitio del que no habeis de salir todos.

Despues continuó en voz alta.

—Total, cien mil escudos de oro, mediante los cuales quedarán concluidas nuestras cuentas.

—Victor, victor! repitieron los aventureros en el colmo de su entusiasmo

—Ahora, señores, dijo Duguesclin, os empeño mi palabra de caballero, de que esta suma os será entregada antes de entrar en campaña; pero no en este momento, porque no traigo conmigo el tesoro real.

—Es muy justo, dijeron los gefes, demasiado contentos aun, para ser exigentes.

Sois acreedores del Rey de Francia, caballeros, bajo la palabra de su condestable; estamos conformes: Y, añadió levantando la cabeza con aquel aire que hacia temblar á los mas valientes; creo que debe bastaros mi palabra, y vamos por consiguiente á partir en el acto como leales soldados. Pero si en el momento de entrar en España no hu-

biese llegado aun el dinero, tendreis, señores, dos garantias; primero, vuestra libertad, que os devolveré en tal caso, y despues un prisionero que bien vale los cien mil escudos de oro.

—Quién? preguntó Caverley.

—Yo mismo, señores, respondió Duguesclin, á pesar de mi pobreza; porque aun cuando fuese preciso que las señores de mi pais estuviesen hilando noche y día para reunir el precio de mi rescate, os prometo que este se llevaria á debido efecto.

—Está dicho, gritaron á una voz los aventureros, tocando sucesivamente la mano del condestable en prueba de alianza.

—Cuándo hemos de partir? preguntó el caballero Verde.

—Ahora mismo si os parece, señores.

Ahora mismo, repitió Hugo! nada tenemos ya que echar á perder por aquí, amigos mios; y deseo por tan-

to que nos traslademos á otra parte.

Al punto corrió cada uno á su puesto, é hizo tremolar su bandera por encima de su tienda, y batieron marcha los tambores, y hubo en el campo un inmenso movimiento, viéndose correr hácia las principales tiendas los soldados, que habian acudido á presenciar la llegada de Duguesclin; en seguida, como las olas de la marea, se retiraron hácia el centro.

Dos horas despues se recogieron las tiendas, y se colocaron sobre las bestias de carga: los caballos piafaban impacientes, y las lanzas agrupadas en órden, despedian brillantes reflejos, heridas por los rayos del sol.

Mientras tanto, veíanse huir por las dos orillas del rio á los paisanos, largo tiempo cautivos, y que habiendoseles concedido aunque algo tarde la libertad, conducian á sus respectivos hogares sus mujeres y

sus ropas algun tanto estropeadas.

El ejército se puso en marcha á eso del mediodia, siguiendo la direccion de la corriente del Saona, y formado en dos columnas, de las cuales cada una iba por una de las orillas; cualquiera hubiera dicho, que era una de esas emigraciones de bárbaros, que iban á cumplir una de esas misiones terribles decretadas por el Señor, y que iban mandados por uno de esos azotes de la Providencia que se llamaron Alárico, Gensérico ó Atila.

Y sin embargo, aquel cuyos pasos iban siguiendo los aventureros, era el buen condestable Beltran Duguesclin, que detrás de su bandera, pensativo, con la cabeza casi oculta entre sus anchos hombros, se decia así mismo caminando al paso de su vigoroso corcel.

—Esto va bien, con tal que dure; pero, de dónde me haré de dinero? y si no lo hallo, cómo es po-

sible que el Rey pueda reunir un ejército bastante fuerte para impedir la vuelta á Francia de esos bandidos, que regresarán de los Pirineos, mas hambrientos que nunca?

Abismado en estos lúgubres pensamientos caminaba el buen caballero volviendo la cabeza de vez en cuando, para ver balancearse en torno suyo las abigarradas y estrepitosas olas que formaba aquella multitud, y su ingenioso cerebro trabajaba solo mas que los cincuenta mil de los aventureros.

Y Dios sabe sin embargo en lo que cada uno de ellos soñaba creyéndose dueño y señor de la India; sueños tanto mas exagerados, quanto que la comarca, era entonces casi desconocida.

De improviso, y en el momento en que el sol se ocultaba detrás de las últimas nubes del orizonte, los gefes que marchaban detrás del buen caballero, y que principiaban á sorpren-

derse de su talante taciturno, le vieron levantar orgullosamente la cabeza, sacudir los hombros, y gritar á sus criados—Ola! Jacelard! Ola! Berniquet! dadme un poco de vino del mejor que venga en nuestras provisiones.

Despues murmuró por lo bajo.

—Por la vírgen de Auray, creo ya he dado con los cien mil escudos de oro, sin necesidad de causar ningun gravámen al buen Rey Cárlos.

Y volviéndose acto continuo hácia los gefes de los aventureros, que no habian dejado de tener alguna inquietud por la profunda cavilacion del condestable, durante media jornada, les dijo con voz sonora:

—Pardiez, señores, no quereis beber un trago?

Los aventureros se apresuraron á aceptar esta invitacion, y vaciaron con alegria una soberbia bota de vino de Chalons á la salud del Rey de Frandia.

CAPITULO VIII.

En el que se verá á un papa pagar los gastos de una escomunion.

El ejército continuaba marchando. Como por todas partes se va á Roma, con mucho mas motivo, se va por Aviñon á España.

Los aventureros por lo tanto seguian llenos de confianza el camino de Aviñon.

En esta ciudad era donde tenia su silla el papa Urbano V, que habiendo sido monge benedictino en un principio, abad de Saint-Germain d'Auxerre despues, y prior de San Vic-

tor de Marsella , habia sido elegido Papa con la condicion de no atentar en lo mas mínimo á la felicidad terrestre de que disfrutaban los cardenales y los príncipes romanos , condicion que se habia dado prisa en cumplir desde el momento en que fue elegido , con toda su benigna rigidez , merced á la cual se prometia adquirir justos derechos de morir lo mas tarde posible en olor de santidad , como lo consiguió efectivamente.

Téngase presente que el sucesor de San Pedro , instigado por las quejas del Rey de Francia , habia escomulgado á las grandes compañías, golpe maestro de política , cuyas desagradables consecuencias habia sabido el Rey Cárlos V , con su inteligente prevision , dar á conocer á Duguesclin , quien despues de su entrevista con el príncipe , tenia un vivo deseo de hacer que volvieran las cosas á su estado normal.

Así, pues, la idea luminosa que habia ocurrido á Beltran en el camino de Chalans á Lyon, en la tarde en que el sol se escondia en el ocaso, y acerca de la cual, apenas hemos dicho una sola palabra, preocupados como estábamos tambien nosotros por la taciturnidad del buen condestable, esta idea, repetimos, era ir con sus cincuenta mil aventureros, poco mas ó menos, como habia dicho Caverley, á hacer una visita al papa Urbano V.

Era esto tanto mas oportuno, cuanto que los aventureros, á medida que iban aproximándose á los estados de aquel pontífice, hácia el cual, por inofensiva que hubiese sido la escomunion, no dejaban de conservar rencor, sentian renacer sus instintos belicosos y feroces.

Hacia tambien por otra parte demasiado tiempo, que estos se conducian con prudencia

Quando llegaron á dos leguas de

la ciudad , Beltran mandó hacer alto , reunió los gefes , y les ordenó que dispusiesen sus tropas de manera que ofreciesen á la ciudad un frente respetable , y que la sitiasen formando un arco inmenso , cuya cuerda debia de ser el rio.

En seguida , montando á caballo escoltado por una docena de hombres de armas , y por los caballeros franceses que formaban su comitiva , se dirigió hácia la puerta de Vencluse , desde la cual pidió una entrevista al soberano pontífice.

Al ver Urbano venir sobre sí á aquella tropa de bandidos , como se vé venir una inundacion , habia reunido su ejército compuesto de dos ó tres mil hombres , y conociendo todo el valor de su arma principal , se disponia á aplicar un golpe terrible , con las llaves de San Pedro , en la cabeza de los aventureros.

Pero es preciso decirlo: creia en el fondo de su pensamiento , que ali-

gidos los bandidos por su excomunion, venian á pedirle misericordia, y á ofrecerle el rescate de sus pecados por medio de alguna nueva cruzada, confiados en el número y la fuerza para hacer valer la humildad de su sumision.

Sorprendióle no poco el ver acudir con tanta precipitacion al condestable: precisamente en el momento aquel estaba comiendo en su terrado, al que daban sombra varios naranjos y laureles, en compañía de su hermano el canónigo Auglio Grivald, que había sido promovido por él al obispado de Aviñon, una de las primeras mitras de la cristiandad.

— Sois vos! mosen Beltran Dugesclin! exclamó el papa. Sois vos el que viene á la cabeza de ese ejército, que se presenta asi de improviso sin saberse de donde viene y á lo que viene.

— Ay! santísimo padre; yo soy

efectivamente el que mando á ese ejército! respondió el condestable hincando la rodilla.

— Respiro entonces , dijo el Papa.

— Oh ! oh ! y yo tambien , añadió Auglio , cuyo pecho se dilató con un prolongado suspiro.

— Habeis dicho que respirais ! santísimo padre !

Y el condestable á su vez exhaló un suspiro tan penoso y tan triste, como si lo hubiera heredado de la opresion pontifical.

— Y por qué respirais ? continuó aquel.

— Respiro, porque conozco sus intenciones.

— Permitidme que lo dude , añadió Beltran.

— Con un gefe como vos , condestable , con un hombre que respeta la iglesia...

— Sí , santísimo padre , sí ; interrumpió Beltran ; yo respeto la iglesia , dijo el condestable.

—Entonces , sed bien venido , hijo mio: Pero qué pretende de mí ese ejército ? veamos.

—Ante todo , dijo Beltran eludiendo la cuestion y procurando retardar cuanto fuese posible una explicacion; ante todo , espero , que vuestra santidad sepa con verdadera satisfaccion, que se trata de hacer una cruda guerra contra los infieles.

Urbano V dirigió á su hermano una mirada que queria decir:

—Y bien ! que te habia dicho !

Y satisfecho de esta nueva prueba de infabilidad que acababa de darse á sí mismo , continuó en seguida dirigiéndose al condestable.

—Contra los infieles ? hijo mio.

—Sí; santísimo padre.

—Y contra cuales ?

—Contra los moros de España.

—Es pensamiento saludable , condestable , y digno de un héroe cristiano ; porque presumo que habreis sido vos á quien se le ha ocurrido ?

—Al buen Rey Carlos V, y á mí, santísimo padre, respondió Beltran.

—Ambos disfrutareis de esa gloria, y Dios premiará sin duda la cabeza que lo concibió, y el brazo que lo ha de ejecutar. Con que deciais que vuestro objeto... ?

—Nuestro objeto, y Dios permita que lo consigamos, es, santísimo padre, el esterminar los infieles, y consagrar la mayor parte de sus despojos á la exaltacion de la religion católica.

—Venga un abrazo, hijo mio, dijo Urbano V con el corazon conmovido y penetrado de admiracion por la valiente espada, que asi se dedicaba al servicio de la iglesia.

Beltran rehusó tan grande distincion, y se contentó con besar la mano de su santidad.

—Pero no ignorais, santísimo padre, repuso el condestable despues de un momento de pausa, que los soldados que yo mando, y que han emprendido tan heróica peregrina-

cion , son los mismo á quienes vuestra santidad lanzó una escomunion no hace mucho tiempo.

—Tenia razon entonces para hacerlo , hijo mio , y si mal no recuerdo , érais del mismo parecer.

—Vuestra santidad la tiene siempre , dijo Beltran eludiendo el apóstrofe ; el hecho es que están escomulgados , y no os ocultaré , santísimo padre que , esto es de muy mal efecto tratándose de una gente que va á combatir por la religion cristiana.

—Hijo mio , dijo Urbano vaciando lentamente su vaso , lleno del vino dorado de Monte-Pulciano que preferia á todos los demás , incluso los que produce la rivera del hermoso rio , cuyas aguas bañan las murallas de su capital ; la iglesia , hijo mio , no es , como sabeis muy bien , intolerante é implacable : para todos los pecados tiene misericordia , sobre todo , cuando el pecador se arrepien-

te con sinceridad ; y si vos , una de las mejores columnas de la fé , me respondeis de su vuelta á la orthodoxia...

— Oh ! sí , ciertamente , santísimo padre.

— Entonces , dijo Urbano , revocaré el anatema , dejando pesar únicamente sobre ellos una pequeña parte de mi cólera , asaz indulgente , como veis , hijo mio , continuó el Papa sonriendo.

Beltran se mordió los labios , considerando que cada vez era mayor el error en que incurria el pontífice.

Urbano continuó con una voz llena de mansedumbre y que sin embargo no estaba exenta de esa firmeza , que tan bien sienta á aquel que perdona , pero que al hacerlo conoce la gravedad de la ofensa que quiere olvidar.

— Sabeis muy bien , hijo mio , que esa gente ha acumulado riquezas im-

pías , y como dice el Eclesiástico:

Omne malum in pravo scenore.

—Yo no conozco el hebreo , santísimo padre , dijo humildemente Beltran.

—Por lo mismo os he hablado en latin , hijo mio , repuso Urbano V sonriéndolo , pero me habia olvidado de que los guerreros no son benedictinos ; hé aquí , pues , la traduccion de esas palabras , que como vereis son muy adecuadas á la situacion presente:

«Los bienes mal adquiridos , no contienen mas que calamidades.»

—Hermoso es eso ! dijo Duguesclin , sonriéndose para sí del chasco que el proverbio iba á dar á su santidad.

—Asi , pues , continuó Urbano , he decidido , y esto por consideracion á vos , que estos impios , porque lo que son , aun cuando luego se arre-

pientan, sufran un diezmo sobre sus bienes, y mediante este desembolso serán absueltos de su excomunion. Ahora bien, aun cuando yo haya obrado espontáneamente, y sin que me ostigueis á ello, no dejéis de ponderar el favor que les dispenso, hijo mio, porque es inmenso.

—Efectivamente es inmenso, respondió Beltran, que continuaba arrodillado; y dudo que ellos quieran reconocerlo como se merece.

—Por lo tanto, repuso Urbano, en cuanto, hijo mio, pensais que podemos fijar la suma del rescate?

Y Urbano se volvió hácia su hermano, que reclinado muellemente, aprendia su oficio de Papa futuro, como para consultarle acerca de tan grave y delicada euestion.

—Santísimo padre, respondió Auglio revolviéndose en su sillón y moviendo de un lado á otro la cabeza; mucho oro temporal debe necesitarse para compensar el dolor de vues-

tros rayos espirituales.

—Sin duda, repuso Urbano; pero queremos ser clemente, porque en este pais todo nos inclina a serlo. Es tan hermoso el cielo de Aviñon, se respira un aire tan puro, cuando el mistral quiere olvidar que existe en las cavernas del monte Ventoux, que todos estos beneficios del Señor inspiran á los hombres la misericordia y la fraternidad. Si, añadió el Papa, alargando una copa de oro á un page vestido de blanco, que llenó al momento; sí, los hombres son todos hermanos.

—Permitidme, santísimo padre, dijo entonces Beltran, permitidme que haga presente á vuestra santidad, que habia olvidado decirle con qué carácter me presentaba aquí. He venido en calidad de embajador de esa gente de que se trata.

Y como tal venis á solicitar nuestra indulgencia, no es verdad?

—Eso es lo primero, santísimo pa-

dre ; porque vuestra indulgencia es siempre cosa escelente para nosotros , pobres soldados , que podemos recibir la muerte de un momento á otro.

— Oh ! esa indulgencia ya la tenéis, hijo mio ; pero queríamos hablar de nuestra misericordia , ó de nuestro perdon , como mas os plazca.

— Tambien contábamos con eso , santísimo padre.

— Sí ; pero ya sabeis bajo qué condiciones podemos otorgároslo.

— Ay ! repuso Duguesclin : condicion inaceptable , soberano pontífice ; porque vuestra santidad olvida sin duda lo que vá á hacer el ejército en España.

— Lo que vá á hacer en España ?

— Sí , santísimo padre ; creo que os he dicho que iba á combatir por la iglesia cristiana.

— Y qué ?

— Que partiendo para esta mision,

no solo tiene derecho á toda clase de perdon y de indulgencia de vuestra santidad , sino tambien á que le presteis vuestro auxilio.

— Mi auxilio ! mosen Beltrau , respondió Urbano , que principiaba ya á sentir alguna inquietud ; que entendéis por esas palabras , hijo mio ?

— Entiendo , santísimo padre , que la sede apostólica es rica y espléndida , que gana mucho con la propagacion de la fé , y que por su propio interés debe contribuir al buen éxito de esta empresa.

— Qué estais diciendo , caballero ? interrumpió Urbano agitándose en su sillón con una cólera mal disimulada.

— Su santidad me ha comprendido perfectamente , replicó el condestable , alzándose del suelo y limpiándose las rodillas.

No , no os he comprendido , exclamó el Papa queriendo eludir la cuestion : explicaos.

—Escuchad, santísimo padre: los ilustres soldados, algo impios, es verdad, pero muy arrepentidos, que desde aquí estais viendo; innumerables como las hojas de un bosque, y como las arenas del mar, creo que esta comparacion está sacada de los libros sagrados, los ilustres soldados que mirais desde aquí, y que vienen á las órdenes del señor Hugo de Caverley, del caballero Verde, de Claudio el Gifero, del Tartamudo de Vilaines, de Olivier, de Mauny y otros esforzados caballeros, esperan de vuestra santidad un subsidio para entrar en campaña. El Rey de Francia ha prometido cien mil escudos de oro; es un príncipe muy cristiano, y que merece ser canonizado ni mas ni menos que un papa. Creo, por tanto, que vuestra santidad, que es la piedra fundamental de la cristiandad, podria muy bien facilitar doscientos mil escudos, por ejemplo.

Urbano dió un nuevo brinco sobre su sillón; pero esta elasticidad de los músculos del santo padre, elasticidad que no podia proceder sino de una sobreescitacion nerviosa, no desconcertó á Beltran que permaneció en la misma actitud firme y respetuosa á la vez.

—Caballero, dijo su Santidad, veo que no hay cosa peor que andar en malas compañías para que un hombre de bien se eche á perder; y conozco, á pesar mio, que alguno á quien la Santa Sede ha dispensado frecuentes favores, era digno, muy digno, por sus hechos, de ser tratado por la misma con el mayor rigor.

Con gran sorpresa de Urbano V, el condestable permaneció impassible al oír las anteriores palabras.

—Tengo á mi disposicion, continuó el santo padre, seis mil soldados.

Beltran notó aparte que Urbano

Y aumentaba la mitad de sus fuerzas, como habían hecho Hugo de Caverley y el caballero Verde, lo que le pareció, á pesar de lo apremiante de la situación, bastante atrevimiento para un Papa.

—Tengo seis mil soldados en Aviñon, y treinta mil habitantes en estado de tomar las armas.

Esta vez no exageraba Urbano mas que una tercera parte.

—La ciudad está bien fortificada, continuó, pero aun cuando no tuviese murallas, fosos, ni picas, llevo en mi frente la tiara de San Pedro, y con ella, y con la protección de Dios, detendria, solo, á esos bárbaros, menos esforzados sin duda que los soldados de Atila, á quienes el Papa Leon detuvo en las puertas de Roma.

—Eh! santísimo padre, reflexionad en lo que acabais de decir. Las armas espirituales y temporales, de nada pueden servir á los vicarios de

Cristo contra los reyes de Francia, que son los primogénitos de la iglesia. Dígalo sino vuestro predecesor Bonifacio VIII, que recibió, Dios me libre de escusar tan sacrilego desacato, un bofetón de manos de Colonna, y que murió en una prisión después de haberse despedazado los puños. Ya veis también, de cuán poco os ha servido vuestra excomunion, puesto que los mismo á quienes habeis excomulgado, en lugar de huir y dispersarse, se han reunido por el contrario, para venir á solicitar vuestro perdón con las armas en la mano. En cuanto á vuestras armas temporales, valen bien poca cosa seis mil soldados, y veinte mil paisanos indisciplinados, total veinte y seis mil hombres, y eso contando cada paisano como tal, contra cincuenta mil guerreros experimentados, que ni temen á Dios ni al diablo, y que están mas acostumbrados á ver Papas que los soldados de Atila, que era

la primera vez que miraban á uno cara á cara. Ruego, pues, á vuestra Santidad, que reflexione con madurez, especialmente acerca de este último punto, antes de presentarse á los aventureros.

—Se atreverían!... exclamó Urbano con los ojos encendidos de cólera.

—Yo no sé, santísimo padre, si se atreverían ó no, pero puedo aseguraros que los bribones son muy atrevidos

—Cómo! al ungido del señor! desgraciado!... unos cristianos!

—Perdonad, santísimo padre, ellos no son cristianos; están excomulgados!... Cómo quereis, por tanto, que guarden esas consideraciones? Ah! sino lo éstuviesen, entonces sería otra cosa, porque podrían temer la excomunion; pero en la actualidad, no tienen ya que temer nada.

Cuanto mas apremiante era el argumento, mas se aumentaba la cólera del Papa, el cual dirigiéndose á

Beltran despues de levantarse del sillón , dijo:

—Y vos que venis á hacerme semejante proposicion , ¿ creéis que os hallais aquí en plena seguridad ?

—Yo , respondió Beltran con una tranquilidad que hubiera desconcertado á todos los Papas del mundo , yo estoy aquí con mas seguridad , que vuestra Santidad misma ; porque aun admitiendo , que no lo creo , que me sucediese alguna desgracia , puedo responder desde ahora de que no quedaria piedra sobre piedra de la buena ciudad de Aviñon , ni del magnífico palacio que acabais de hacer edificar , por mas sólido que sea. Oh ! esos bribones son los destructores mas terribles que he conocido , y que destruyen una fortaleza en menos tiempo del que necesita un ejército regular para arruinar una cabaña. Además de que no se limitarian á eso solo ; sino que despues de demoler la ciudad , pasarian á demoler el cas-

tillo , y despues de demolido el castillo , pasarian á cuchillo á la guarnicion , y en seguida á los paisanos , hasta que no quedara hueso sobre hueso , de vuestros treinta mil hombres ; todo lo cual haria , que se pudiesen una infinidad de almas por causa de vuestra Santidad ; asi , pues , como sé que vuestra Santidad es demasiado prudente , por eso estoy mas seguro aquí que en mi mismo campamento.

—Y bien ! exclamó el santo padre cada vez mas furioso , y tascando el freno que le ponía el condestable ; persisto , y estoy dispuesto á esperarlos.

En verdad , santísimo padre , repuso Beltran , que no reconozco á vuestra Santidad en esa negativa. Yo estaba convencido , y veo á pesar mio que me engañaba , de que vuestra Santidad , iria aun mas allá del sacrificio que la fé le prescribe , y que siguiendo el ejemplo del

buen Rey Carlos V, la santa sede apostólica hubiera ofrecido los doscientos mil escudos. Creedme, santísimo padre, añadió el condestable con cierto aire de compuncion, es muy doloroso para un buen cristiano como yo, el ver que el primer principe de la Iglesia rehusa prestar su auxilio para que se lleve á cabo una empresa tan piadosa, como la que tratamos de proseguir, y estoy muy seguro de que los dignos gefes que mando han de resistirse á creerlo.

Y saludando mas respetuosamente que nunca á Urbano V, que estaba asombrado del inesperado suceso á que debia hacer frente, salió el condestable del terrado haciendo reverencias, bajó la escalera, y encontrando á la puerta de palacio su comitiva, que ya principiaba á inquietarse de su tardanza, volvió á emprender el camino del campamento.

CAPITULO IX.

En el que se refiere como monseñor el legado llegó al campamento de los aventureros y de la manera como fue recibido.

De vuelta ya en su campamento, principió á reflexionar Duguesclin, que tropezaria con iumensas dificultades para poner en ejecucion el soberbio plan que habia concebido, y con el cual se prometia alcanzar tres grandes resultados: pagar á los aventureros, atender á los gastos de campaña, y ayudar al Rey á concluir el palacio de San Pablo.

La iglesia es muy aferrada á sus opiniones , y el Rey Cárlos V era asaz escrupuloso. Preciso era por lo tanto no incurrir en el desagrado del monarca bajo el pretesto de servirlo, y preciso tambien no dar ocasion á los supersticiosos , al principiar la campaña, de que pudieran achacar los reveses de la fortuna á la irreligion del general , y á las vengativas plegarias del soberano Pontífice.

Pero Duguesclin era breton, es decir, mas tenaz que todos los Papas pasados , y futuros ; tenia ademas para justificar su obstinacion á la necesidad, inexorable diosa , á quien representaban los antiguos con una cuña de hierro en la mano. Resolvióse , pues , á llevar á cabo su designio salvo el tomar despues consejo de las circunstancias para decidirse á proseguir ó detenerse segun se lo prescribieran estas.

En su consecuencia , dió las oportunas órdenes para que el ejército

se pusiera sobre las armas , y para que se aprestasen los carros , y bagages , y ordenó ademas que sus bretones , que habian arribado al campamento , hacia dos dias , al mando de Olivier de Mauny , y del Tartamudo de Vilaine , se dirigiesen hácia Villeneuve ; cuyo movimiento fue egecutado tan bien , que el Papa , que permanecia aun en su terrado vió desarrollarse aquel azulado cordon , como una serpiente en cuyas espirales reflejaba el sol , próximo ya á su ocaso , produciendo un resplandor rojizo como el oro , y mas siniestro que el de los rayos del anatema papal.

Urbano V era casi tan buen militar como escelente fraile ; asi es que no tuvo necesidad de recurrir á su capitan general , para comprender que esta serpiente no tenia mas que dar un paso para encerrar á Aviñon en su curva.

— Oh ! oh ! decia á su legado,

mirando con inquietud aquella maniobra ; paréceme que se han vuelto muy insolentes.

Y deseando averiguar si las grandes compañías y sus gefes estaban en efecto tan irritados como habia dicho Duguesclin , envió su legado al general en gefe.

El legado no habia asistido á la entrevista del Papa con Duguesclin, de suerte que ignoraba que este habia reclamado otra cosa que la absolucion de la excomunion lanzada contra las grandes compañías , persuadiéndose por ende de que iba á desempeñar cumplidamente su mision , por medio de unas cuentas indulgencias y bendiciones.

Partió , pues , caballero en su poderosa mula , y seguido del sacristan , su acólito.

Ya hemos dicho que el legado no estaba prevenido pues el Papa habia juzgado que comunicar sus temores á un embajador era dismi-

nuir la confianza que este debía tener del poder del príncipe. Por esta razon le vieron venir por demas animoso, gozando de antemano á la idea de las genuflexiones y reverencias con que le iban á recibir en el campamento.

Pero Duguesclin como hábil diplomático, habia tenido buen cuidado de colocar en el primer puesto de avanzada á los ingleses, gente poco celosa por los intereses del Papa, con quien estaban en abierta pugna hacia mas de cien años, y ademas habia hablado con ellos, para imbuirles una opinion que secundase sus miras.

—Alerta! camaradas, les dijo, cuando regresó al campamento: Es muy posible que su santidad mande contra nosotros alguna fuerza armada! Acabo de tener una pequeña contienda con su Santidad motivada por haberse negado á dispensarnos algunas atenciouos, que en

mi concepto nos debia , en recompensa de la famosa excomunion que tuvo á bien lanzar contra nosotros: digo contra nosotros , porque desde el momento que habeis llegado á ser soldados míos, me considero excomulgado tambien , y condenado al infierno como vosotros mismos.

Al oír esta inesperada arenga, los ingleses se pusieron á gruñir , como unos perros dogos cuyo amo se complaciera en escitar su cólera.

—Bueno! bueno! dijeron; dígnese el Papa rozarse con nosotros, y ya verá si tiene que habérselas con verdaderos excomulgados.

Al oír Duguesclin esta respuesta, los creyó suficientemente instruidos , y pasó al campamento de los franceses.

—Amigos míos, les dijo, es muy probable , que veais venir á algun enviado del Papa. El soberano Pontífice , podreis creerlo? El soberano Pontífice á quien hemos dado la

ciudad de Aviñon y su condado , me ha rehusado los auxilios que le he pedido á nombre de nuestro buen Rey Carlos V ; y debo confesarlo , aunque me perjudique algo en vuestra opinion , que ha sido causa esta negativa de que nos hayamos querellado algun tanto. En esta contienda , que acaso he tenido la culpa de provocar , vosotros podeis juzgarlo , el soberano pontifice ha cometido el desacierto de decirme que si las armas espirituales eran insuficientes para nosotros , recurriria á las armas temporales..... Ya veis que todavia estoy ciego de cólera.

Los franceses , para quienes en el siglo XIV eran ya objeto de mofa los soldados del Papa , prorrumpieron en estrepitosas carcajadas , al oir el discurso de Duguesclin.

— Bueno ! dijo el condestable ; estos le silvaran , lo cual produce siempre un ruido desagradable. Vamos á ver ahora á mis bretones ; el con-

vencer á estos será cosa mas difícil.

En efecto, los bretones, y sobre todo los de aquel tiempo, devotos hasta el escetismo, podian temer el indisponerse con el soberano Pontífice.

Así, Duguesclin, para prevenirlos en favor suyo, se presentó ante ellos con semblante taciturno. Sus soldados le adoraban, no solo porque era su compatriota, sino tambien porque lo consideraban como á un padre, mediante á que todos lo conocian personalmente, por los servicios que les habia hecho, y muchos de entre ellos habian sido salvados por él de la esclavitud, de la muerte y de la miseria.

Asi, pues, al ver aquel rostro que indicaba una consternacion tan profunda, los hijos de la antigua Armorica, se agruparon en torno de su héroe.

—Oh! hijos míos! exclamó Dugues-

clin , vedine sumido en la mayor desesperacion! Podriais figuraros , que el Papa , no solo no ha querido absolver de su excomunion á las grandes compañías sino que quiere hacerla estensiva á cuantos se unen á ellas en la noble y caballeresca empresa de vengar la muerte de la hermana de nuestro buen Rey Carlos ? De suerte , que nosotros , dignos y fieles cristianos , nos vemos convertidos en unos perros descreídos , en unos lobos á quienes todos tendrán derecho de despreciar ! A fe de caballero , creo que el soberano Pontífice ha perdido el juicio.

Los bretones hicieron oír algunos murmullos.

—Tambien debo decir , continuó Beltran Dugnesclin , que es preciso que esté muy mal aconsejado. Por quien ? lo ignoro. Pero lo cierto es que nos echa brabatas con sus caballeros italianos. Apuesto á que no caeis en la cuenta de lo que hace

en este instante? se ocupa de colmarlos de indulgencias, para que vengan á combatir contra nosotros.

Al llegar aquí de su discurso los bretones bramaron.

—Y qué iba yo á pedir en resumidas cuentas á nuestro santo padre? el derecho de recibir la comunión católica, y de ser sepultados entre los cristianos. Es lo menos que se puede conceder, cuando se trata de hombres que van á hacer la guerra á los infieles. Ahora bien, hijos míos; tal es el estado de las cosas. No sé cual es vuestro parecer, pero yo, que me creo tan buen cristiano como el primero, declaro, que si nuestro santo padre Urbano V, pretende echarla con nosotros de soberano de la tierra, hemos de vernos las caras; todo menos dejarnos arrojar por esos soldados de papel!

Los bretones saltaron y gritaron

entonces con tanta furia que el mismo Duguesclin se vió en la precision de calmarlos.

Precisamente sucedia esto en el momento mismo , eu que despues de haber salido el legado por la puerta del Loulle , despues de atravesar el puente de Benezet , se acercaba con la sonrisa en los lábios , á las primeras avanzadas del campamento.

Los ingleses corrieron á las empalizadas para verle pasar , cruzándose de brazos con la mas insolente flema del mundo.

— Oh ! Oh ! dijeron ; qué nos quiere esa mula ?

El sacristan perdió el color de ira al oir este insulto ; y no obstante tomándose ese tono paternal inherente á todos los miembros de la Iglesia , dijo :

— El que viene sobre esa mula es el legado de su Santidad.

— Oh ! repusieron los ingleses ;

y á donde están los sacos de dinero? Tiene tu mula fuerza suficiente para venir cargada con ellos? Veamos; enseñadnos algo de ese oro que nos traeis.

—Sí, sí; venga dinero! dinero! exclamaron todos á una voz.

Atónito el legado al ver este recibimiento que estaba muy lejos de esperar, se volvió hácia el sacristan, que se santiguaba de terror. Asi continuaron su marcha perseguidos por los gritos de los soldados que no cesaban de decir.

—Venga dinero! dinero!

Ni un gefe se presentaba, pues prevenidos por Duguesclin, se habian retirado á sus respectivas tiendas antes del arribo del legado.

Los dos embajadores atravesaron la primera línea, que, como ya hemos dicho, la formaban los ingleses, y penetraron hasta el campamento de los franceses, los cuales al divisar al legado, salieron pre-

cipitadamente á su encuentro.

El legado creyó que aquella precipitacion era por el deseo que tenían de tributarle homenaje, y principiaba por lo tanto á manifestarse regocijado, cuando en lugar de las humildes saluciones que aguardaba, oyó resonar en torno suyo burlonas y estrepitosas risotadas.

—Eh! buenos dias, señor legado! exclamaban los soldados, tan amigos de burlarse en el siglo XIV, como lo son en nuestra época; ha querido, por ventura, su Santidad, al enviarnos á nuestro campo, que reconozcamos en vos el modelo de su caballeria?

—O pretende acaso el santo padre, decia otro, pasarnos á cuchillo con la quijada de vuestra cabalgadura?

Y cada cual sacudiendo sendos latigazos á la mula del legado con unas varas de mimbre, reian, alborotaban y traian tal algazara que hacia

mas daño al legado que las reclamaciones pecuniarias de los ingleses; que todavia no lo habian abandonado del todo, pues algunos lo seguian gritando:

— *Money! Money!*

Lo que traducido al castellano quiere decir: Dinero! Dinero!

El legado trató de franquear la segunda línea con toda la rapidez que le era posible.

Tocóle su turno á los bretones, pero estos se chanceaban menos que los otros. Asi es, que luego que vieron al legado se pusieron delante de él echando fuego por los ojos, mostrando sus robustos puños, y gritando

— *Absolucion! Absolucion!*

De suerte que al cabo de un cuarto de hora, se encontró el legado aturdido en medio de aquella batalla, mas terrible que el trueno, mas horrisona que las olas furiosas del mar.

—El sacristan empezaba á perder su confianza, temblaba de miedo como un azogado, y el legado de su Santidad estaba sudando á mares, á pesar de que sus dientes chocaban unos con otros.

—Asi, pues, perdiendo cada vez mas el color, y conociendo que se habian agotado las fuerzas de su mula, á cuya grupa habia saltado sucesivamente mas de un soldado frances, preguntó con voz tímida y suplicante:

—Dónde están los gefes, señores, donde están los gefes? quién de vosotros tendrá la bondad de conducirme á su presencia?

Entonces fue cuando Duguesclin, oyendo aquella voz angustiada, juzgó á propósito intervenir, y metiéndose entre la turba, y separando con sus robustas espaldas á cuantos le impedian el paso, se dirigió hácia donde se hallaba el nuncio de su Santidad, y exclamó:

— Ah! ah! sois vos, señor legado! Un enviado del Papa! Pardiez! vaya un honor para unos escomulgados! ; Atrás! soldados! atrás! Dignaos pues, señor embajador, venir á descansar á mi tienda: señores, continuó dirigiéndose á su gente con un acento que nada tenia de irritado, os suplico que respeteis al señor legado. Sin duda viene á traeruos alguna buena respuesta de su Santidad. Señor legado, ¿ quereis, aceptar mi mano para que podais bajar mas cómodamente de vuestra mula? Perfectamente; ya estais en el suelo; seguidme ahora.

En efecto, el legado no se habia hecho repetir la invitacion; y asiendo la robusta mano que le tendia el caballero breton, habia saltado á tierra, y atravesaba por entre los soldados de tres naciones que se habian agrupado para verle, y que se burlaban, reian y hacian tales comentarios, que herizaban los ca-

bellos del pobre sacristan, aunque no habia recibido el don de lenguas para entenderlo que decian.

—Qué gente! Dios mio, que gente! decia entre dientes.

Una vez dentro de su tienda, se apresuró Beltran Duguesclin á demandar al legado perdon de los desmanes que habia cometido su gente, en términos tan respetuosos que el triste embajador logró animarse algun tanto.

Entonces creyéndose el legado casi fuera de peligro y bajo la salvaguardia del honor del condestable, recobró toda su dignidad y dió principio á una arenga cuyo sentido era:

Que el Papa tenia á veces una absolucion para los rebeldes, pero no tenia dinero para nadie.

Los gefes de los aventureros, que por consejo de Duguesclin, habian seguido sus pasos, é iban entrando en la tienda unos en pos de otros,

oyeron aquella respuesta, y no ocultaron al legado que no le satisfacía mucho.

—En ese caso, señor embajador, dijo Duguesclin, principio á creer bastante difícil el que podamos conseguir que nuestros soldados sean hombres de bien.

—Y bien! dijo el legado; la idea de la condenacion eterna á que con una sola palabra ha condenado su Santidad á tantas almas le ha afectado, atendido á que entre ellos, sin duda, habrá muchos inocentes. Por eso su Santidad hará en favor vuestro un milagro de clemencia.

—Ah! ah! repusieron los gefes; ¿de qué especie va á ser ese milagro?

—Su Santidad, respondió el legado, alzará la excomunion que pesa sobre los aventureros.

—Y despues? dijo Duguesclin.

—Despues? repitió el legado, á quien el Papa no habia dado conocimiento de las otras peticiones; ¿pues

no es eso todo ?

—No , respondió Beltran ; falta todavía mucho ; aun no está resuelta la cuestion de dinero.

—El Papa no me ha hablado de semejante cosa.

—Yo creia, respuso el condestable que á vuestra llegada al campamento habiais oido gritar á los ingleses *Money! Money!* que quiere decir dinero ! dinero !

—El santo Padre no tiene un escudo ; sus arcas están vacías.

—Duguesclin se volvió hácia los gefes , como para preguntarles , si esta respuesta le parecia suficiente.

Los gefes se encogieron de hombros de pura lástima.

—Qué dicen esos señores ? preguntó el legado con inquietud.

—Dicen , que el santo Padre debe hacer lo que suelen hacer ellos...

—Cuándo ?

—Cuando sus bolsillos están vacíos.

— Y qué es lo que hacen ?

— Llenarlos.

Y Duguesclin se levantó con las mejillas algo encendidas.

El legado comprendió que habia terminado la audiencia , y en su virtud volvió á montar sobre su mula, y se preparó para regresar á Aviñon en compañía de su sacristan, que cada vez se hallaba mas espantado.

— Esperad , señor , un momento, le dijo Beltran ; no puedo permitir que os vayais solo, porque correríais el riesgo de ser hecho pedazos en el camino , lo cual me contrariaría muchísimo.

El legado hizo un movimiento de sobresalto que indicaba muy claramente , que si Duguesclin no habia hecho gran caso de sus palabras , él por su parte estaba dispuesto á creer las de Duguesclin.

Púsose el condestable al lado de la mula que el sacristan conducia de la

brida , y acompañó al legado hasta los límites del campamento sin hablarle palabra. Durante el tránsito , fueron tantas las imprecaciones y amenazas que oyó el pobre legado , que le pareció no iba á salir vivo de aquel sitio, no obstante la presencia del condestable. Cuando al fin se vió fuera del campamento picó su mula, que dió á correr como si fuese perseguida por una legion de diablos.

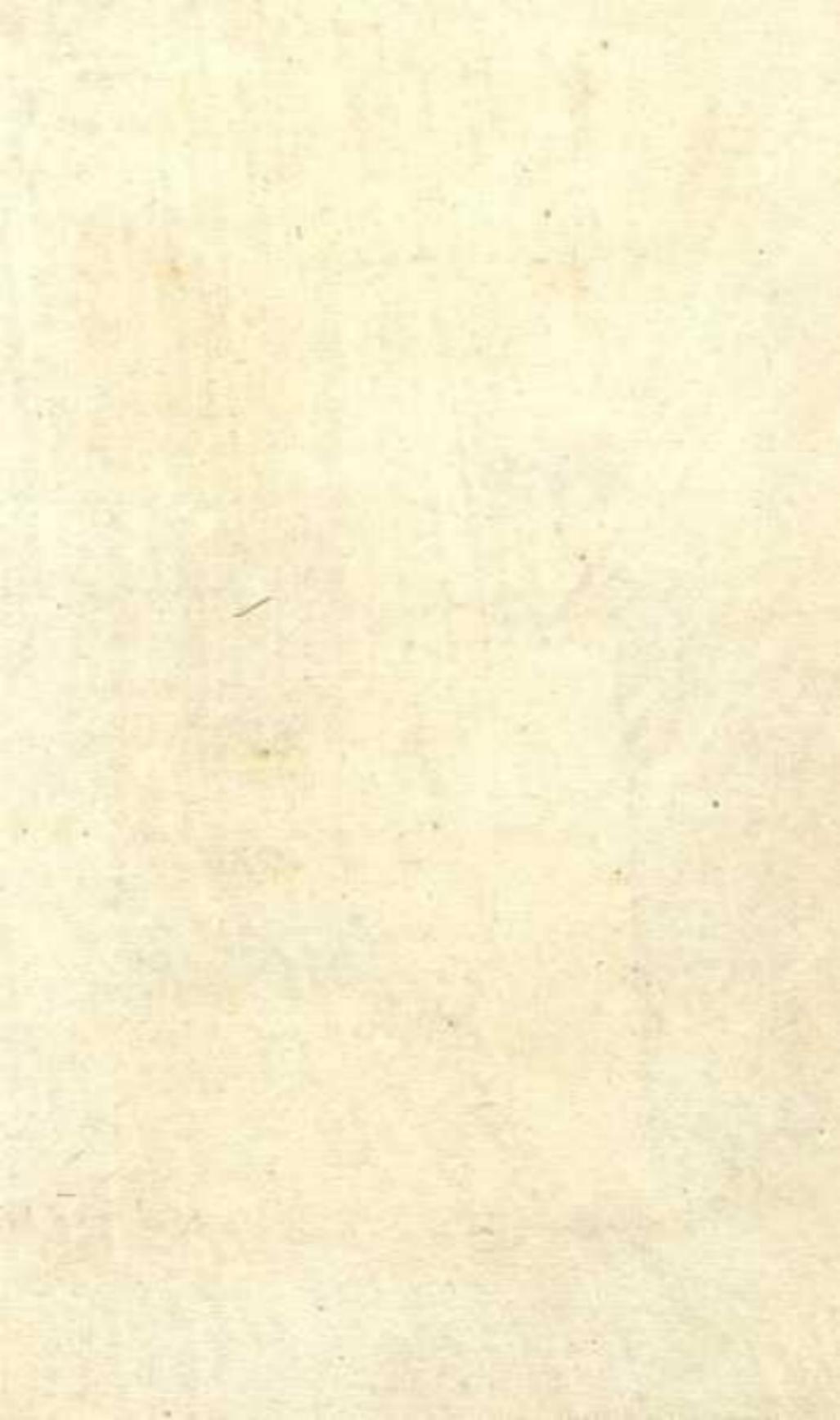
FIN DEL TOMO TERCERO.

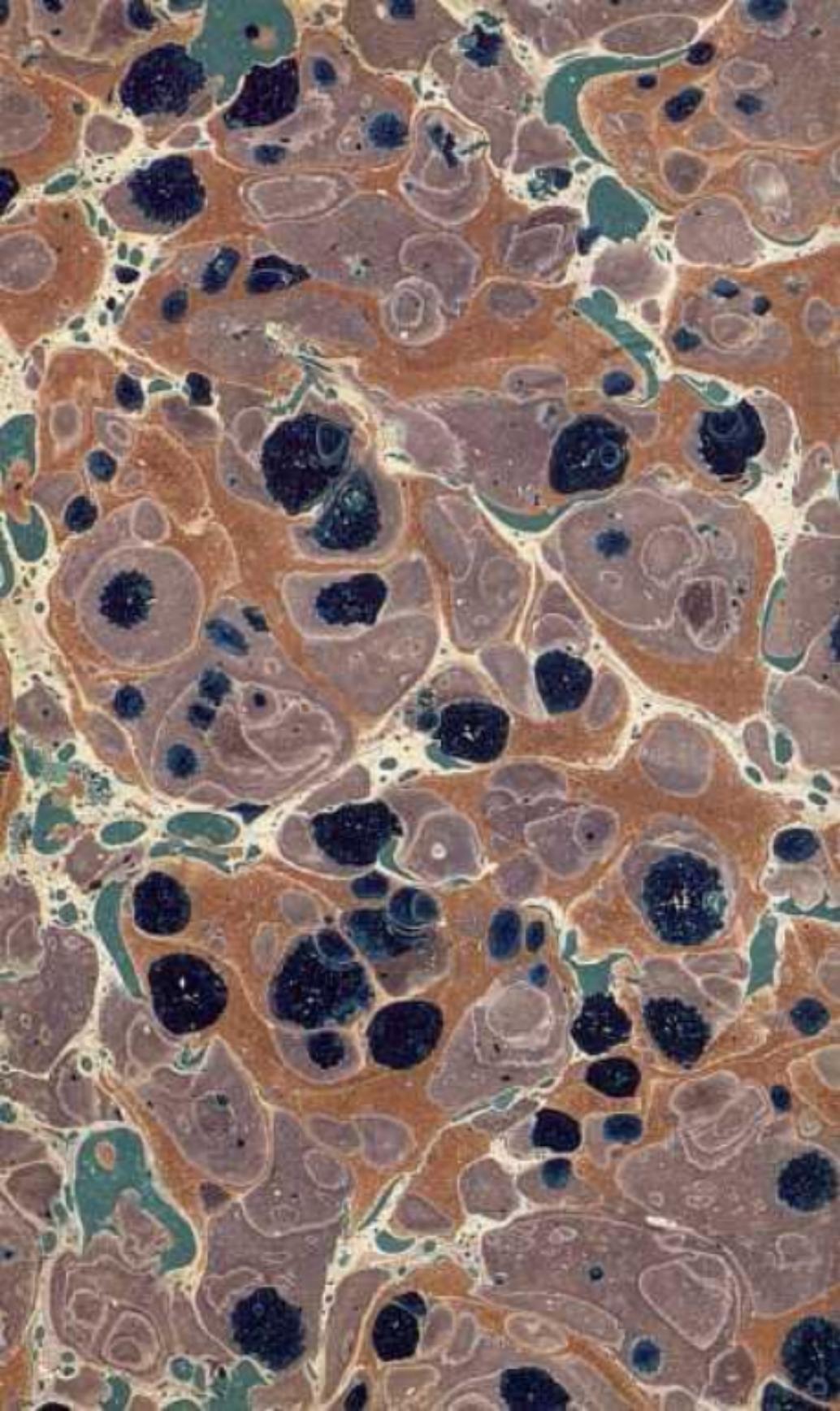
INDICE

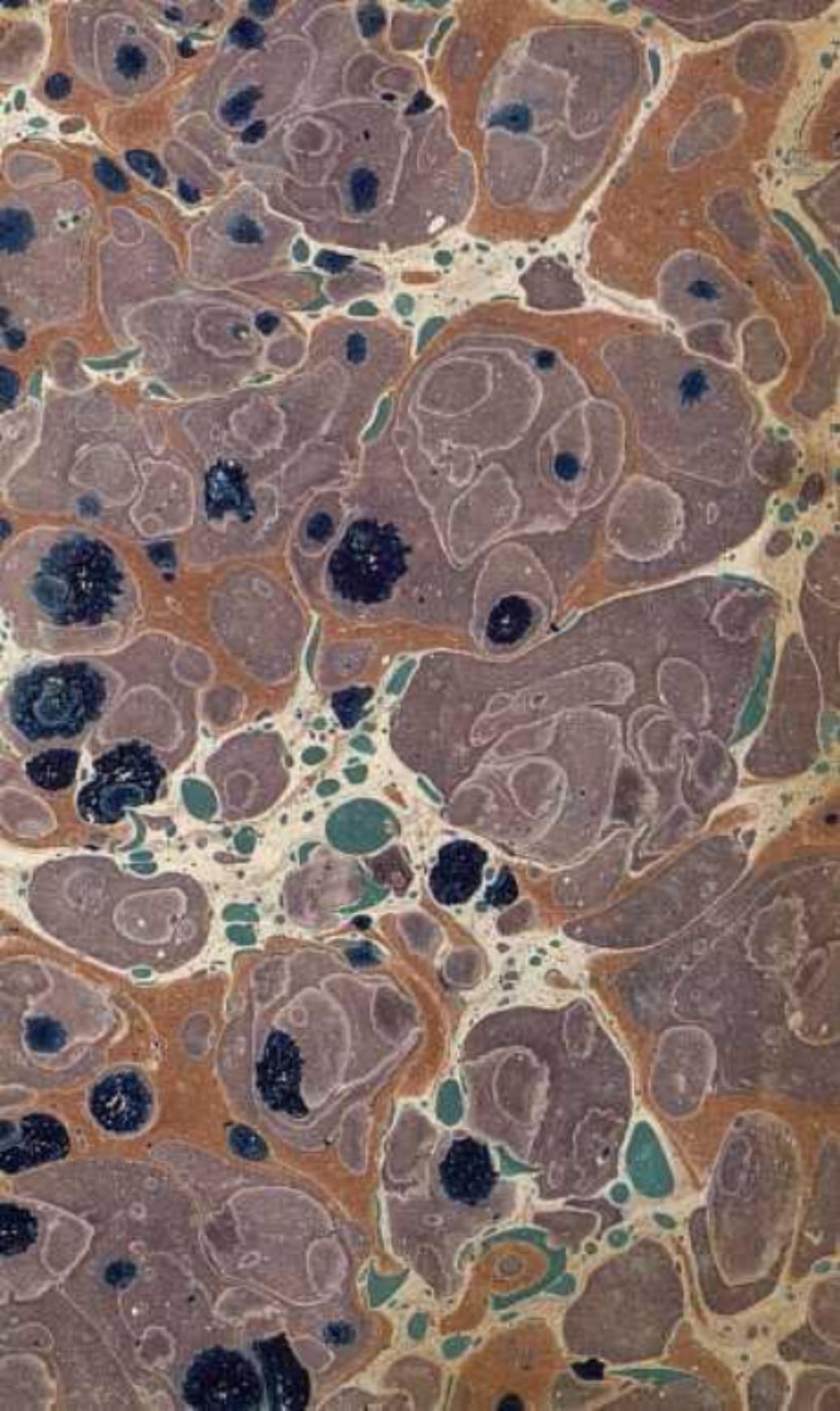
DEL TOMO TERCERO.

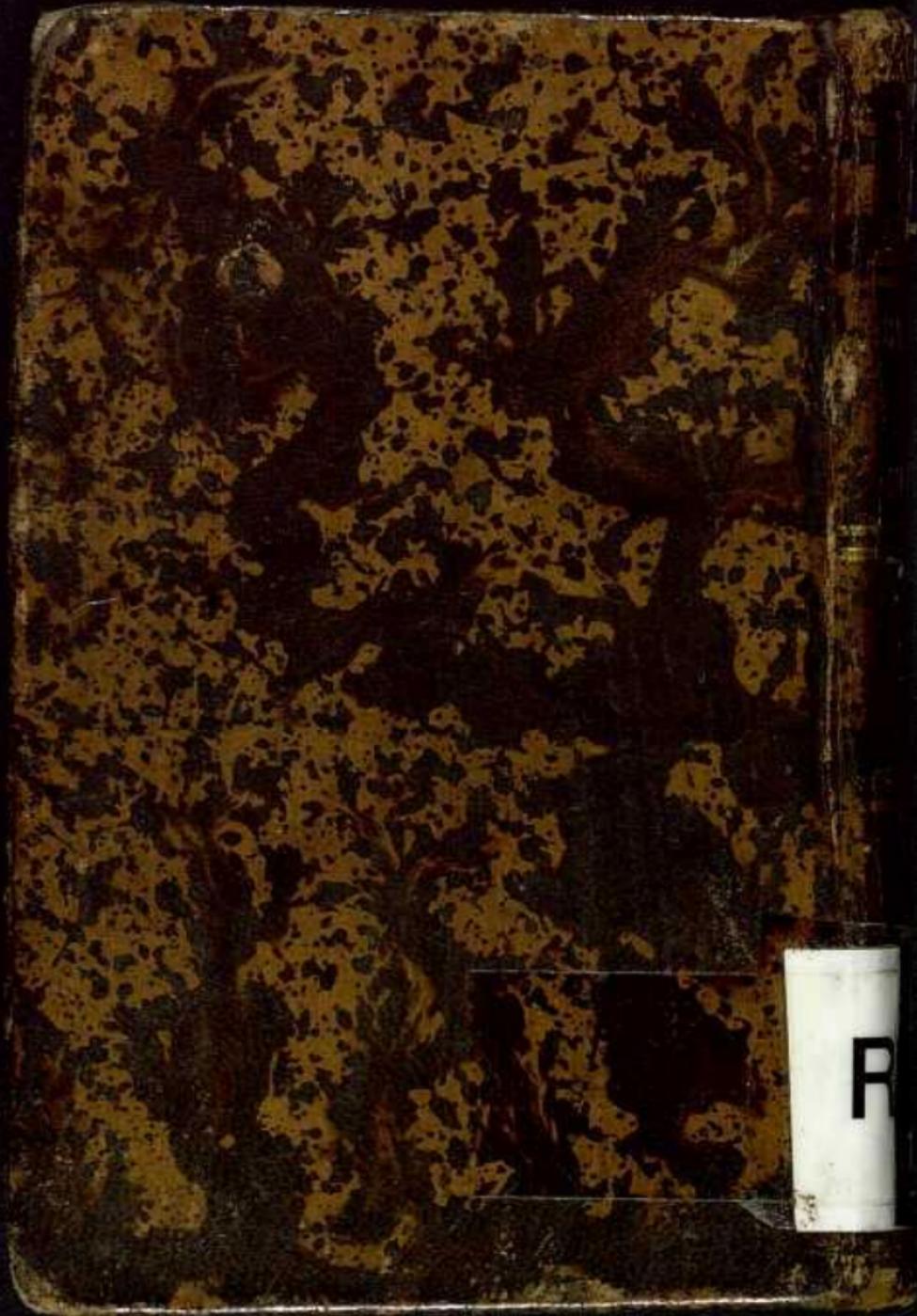
- I. En que se cuenta como el Bastardo de Mauleon entregó al Rey Cárlos V el anillo de su cuñada le Reyna Doña Blanca de Castilla. 5
- II. De como el Bastardo de Mauleon volvió al lado del capitan Hugo de Caverley, y de lo demas que aconteció. 48
- III. De como los gefes de las grandes compañías prometieron á Mosen Beltran Dugesclin seguirle al cabo del mundo si su gusto era llevarlos alli. 72
- IV. De como Agenor encontró á la que buscaba, y el principe Enrique al que no buscaba. 96
- V. El Sabueso. 116

VI. Amor.	155
VII. En el que se vé que Mosen Beltran Duguesclin era tan buen aritmético como gran ge- neral.	152
VIII. En el que se verá á un Pa- pa pagar los gastos de una Es- comunión.	169
IX. En el que se refiere como Monseñor el Legado llegó al campamento de los Aventu- reros y de la manera como fue recibido.	192









BASTARDO
DE
MAULEON

3.4.

A. H.

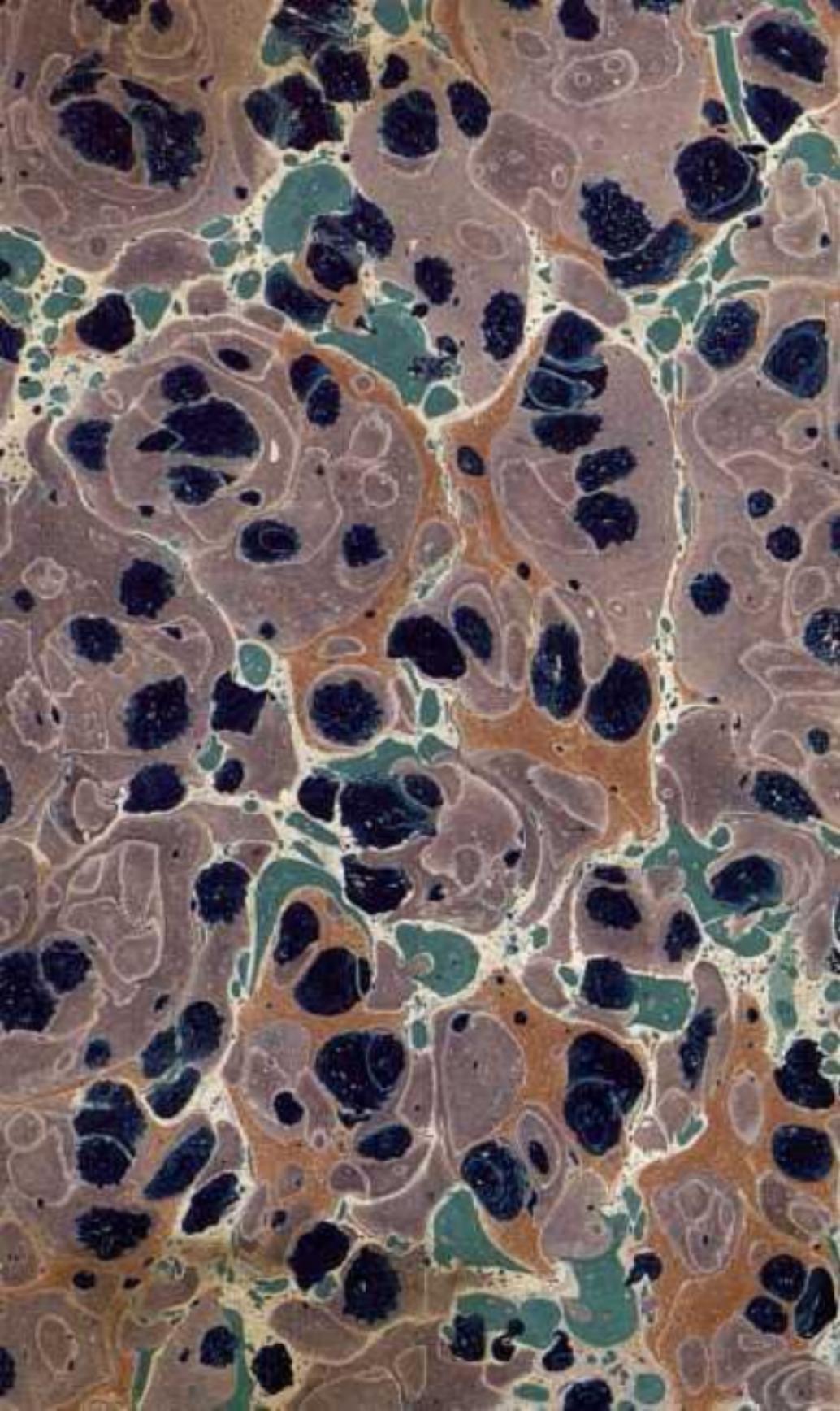
R

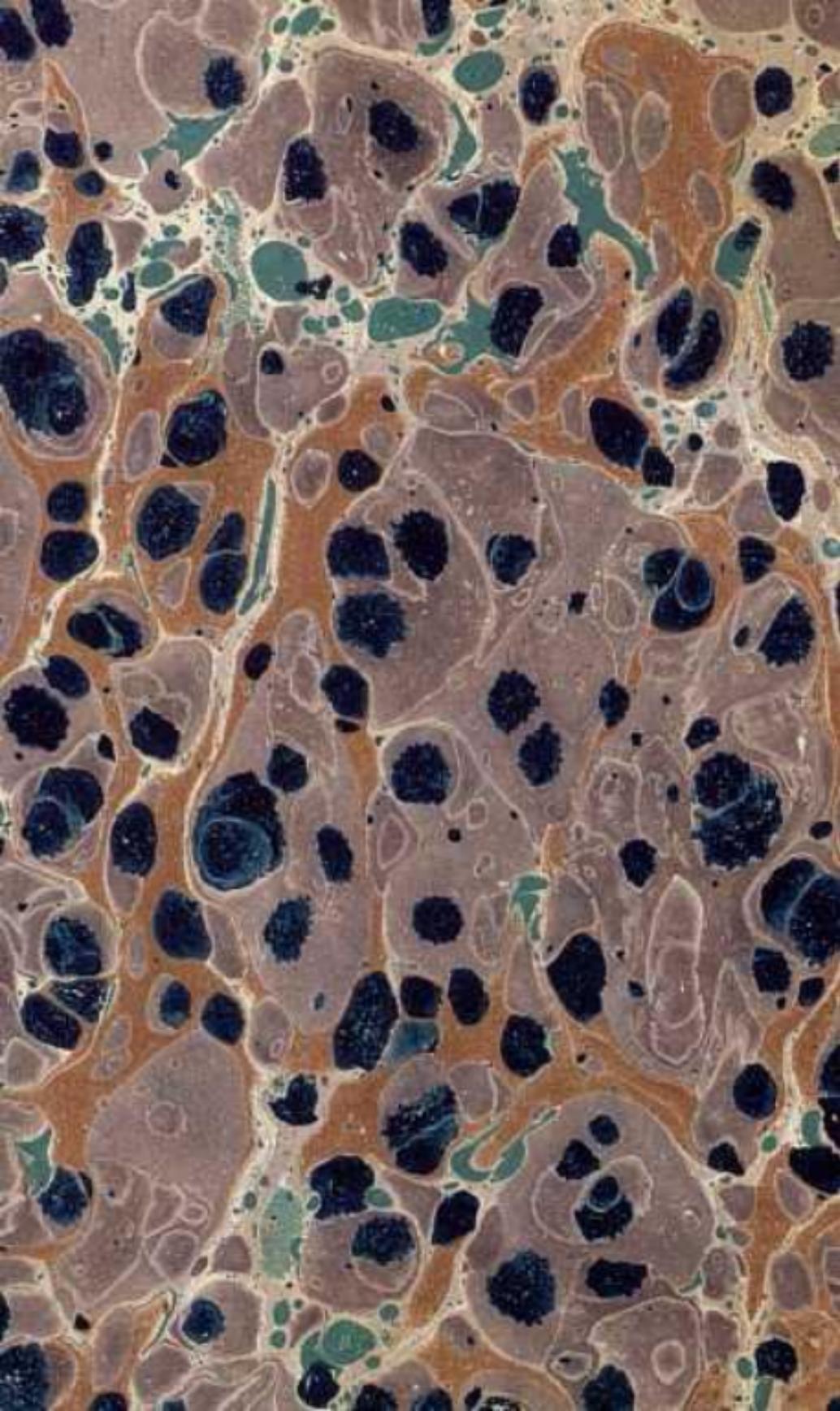
FAN
XIX
161b

7

The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a marbled pattern in shades of brown, tan, and black. The pattern consists of irregular, swirling shapes and spots. The book's spine is visible on the left side, showing some wear and the binding structure. A small, rectangular white paper label is affixed to the bottom left corner of the cover. The label has the number '7-2' printed on it in a bold, black, sans-serif font. The overall appearance is that of an antique or vintage book.

7-2





EL BASTARDO
de
MAULEON.

III.



